

PUNTO
ROJO

senda sin retorno

burton hare

UNA AVENTURA DE **LOS JUSTICIEROS**



COLECCION

PUNTO ROJO



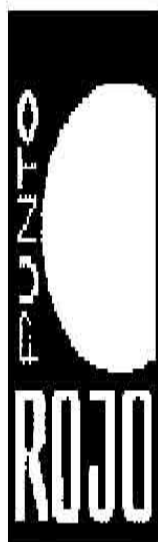
BURTON HARE

SENDA SIN RETORNO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 259

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 9.617 - 1967

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril 1967

© BURTON HARE - 1967
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1967
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 852. — Algo más que un atraco.
- 857. — ¡Maten a Carella!
- 863. — Trampa diabólica.

En Colección PUNTO ROJO:

- 251. — La vuelta del hombre muerto.
- 253. — ¡Inocente!
- 255. — Un *gángster* llamado Carella.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

- 139. — Morir es fácil.
- 147. — Se necesita un cadáver.
- 155. — Destino: el infierno.

En Colección ALTO SECRETO:

- 3. — Cuidado, FBI, ¡peligro de muerte!

CAPÍTULO PRIMERO

EL FIN DE LA SENDA

Había unas veinte personas alineadas ante el puesto de control. Algunas mujeres, dos niños agarrados a su madre, y el resto hombres de mirar aburrido. La mayoría sostenían ya en la mano sus correspondientes documentos.

Los encargados de examinarlos lo hacían lenta y minuciosamente. Dos jóvenes *vopos* se mantenían rígidos al lado de los funcionarios, y un oficial y otros guardias permanecían sentados junto a la casamata de madera, a un lado de la barrera.

Una mujer miró su reloj de pulsera. Comentó:

—¡Qué calma! Nunca tienen prisa...

Nadie le respondió. Reinaba un silencio opresivo entre los que aguardaban para cruzar al Berlín Occidental, hombres y mujeres con documentos precisos para hacerlo, pero que indefectiblemente debían volver al Berlín Oriental sin excusa ni pretexto alguno...

La cola avanzó unos pasos cuando un hombre se apartó de la mesa de control y se dirigió hacia la pequeña puerta abierta en el «muro». Desapareció por ella cuando ya una mujer ocupaba su lugar y entregaba sus papeles al funcionario.

Una pareja se agregó al final de la fila. El hombre tendría unos treinta años, su cabello era rubio y sus ojos muy azules, con una

expresión humorística. Alto y fuerte, era la encarnación del recio joven ario...

Ella era de estatura mediana, delicada y de suaves y gráciles formas. Igualmente era rubia, y también sus ojos eran azules, aunque en lugar de una mirada plétórica de vida y humorismo, como la del hombre, parecían tristes, preocupados.

La mujer que estaba en la mesa de control recogió sus documentos y se dirigió a la pequeña puerta. Los demás avanzaron unos pasos, casi apretujándose unos a otros, con mal reprimida impaciencia. A lo lejos, procedente del otro sector, llegaba la música de un aparato de radio puesto a demasiada potencia. Era el único rumor que les recordaba el hecho de que estaban en Berlín, no en un mundo muerto...

La muchacha rubia levantó la cabeza y clavó sus ojos en los risueños de su compañero en muda interrogación. El le sonrió. Instintivamente, como si sintiera frío, la muchacha se arrimó a él, dejando que el fuerte brazo masculino le rodeara la cintura en un ademán de protección.

En voz muy baja, él susurró:

—Todo va bien, cariño; no temas...

Avanzaron unos pasos más. Los vopos de guardia les dirigían a todos frecuentes miradas cargadas de sospecha...

* * *

A la misma hora, en Nueva York, un telegrama le era entregado a Frank Carella en su pequeño apartamento privado. En algunos ambientes, y entre ciertas gentes un tanto extrañas, Carella era conocido como jefe de una pequeña, implacable y eficaz organización denominada «Los justicieros». Si bien es verdad que nadie, a excepción del Secretario de Justicia de los Estados Unidos, habría podido describir con detalle qué significaba dicha denominación, su aureola de misterio, casi de terror, se había extendido entre ciertos círculos internacionales del crimen organizado.

Frank Carella representaba, para esos círculos, el cerebro formidable que valía la pena cazar..., si alguien era lo bastante loco para intentarlo.

Carella tomó el telegrama y con él en la mano se dirigió al diván, donde volvió a sentarse. La verdad es que sentíase aburrido de un período de inactividad demasiado prolongado. Suspiró, pensando en sus camaradas...

Rasgó el telegrama. Frunció las cejas al advertir que venía de Europa, concretamente de Berlín Occidental. Perplejo, leyó el texto:

«¿Cómo estás, muchacho, te acuerdas de mí? Pronto estaré de regreso al viejo y dulce hogar. Estoy impaciente para empezar de nuevo sin uniformes de ninguna clase. Voy a casarme en cuanto llegue, lo que será una sorpresa para ti. Ella es maravillosa. Abrazos,

»H. Kern».

No pudo contener una exclamación de alegre estupor.

—¡Kern! —masculló entre dientes.

Dejó el papel a un lado y encendió un cigarrillo. Su mente retrocedió unos años, cuando ni siquiera soñaba con una vida de mortales riesgos y aventuras terribles..., cuando el nombre de Frank Carella no significaba nada para nadie, a excepción de dos mujeres. Su madre y «ella».

Luego, ambas desaparecieron de manera trágica y sintió que se hundía en la negra sima de la desesperación y la locura..., hasta que el ansia de vengarlas le devolvió a la vida, y su venganza se extendió a todo el universo del crimen y nacieron «Los justicieros»...

Harry Kern era de aquella época, recordó, aunque su camino le llevaba siempre a extraños países, a exóticas maneras de vivir...

Nunca supo muy bien cómo se ganaba la vida el rubio y exaltado compañero de juventud.

Luego empezó a pensar en Harry Kern de manera un tanto curiosa. ¿Por qué se había tomado la molestia de mandarle aquel telegrama? Era cierto que les unía una firme amistad, pero después de los años sin tener noticias uno de otro no dejaba de ser sorprendente aquel rasgo...

De modo que iba a casarse con una chica maravillosa. Sonrió.

Bien, el camino del hombre es el matrimonio, y con él la calma de una existencia apacible y gris...

Excepto para él.

Volvió a leer el telegrama. Le gustaría abrazar al viejo compañero. ¿Cómo sería la muchacha con la cual iba a contraer matrimonio?

* * *

Quedaban sólo seis personas delante de la pareja rubia. Las sombras del atardecer ponían un tinte melancólicamente gris a las casas deshabitadas contiguas al puesto de control.

La muchacha rubia se apretujaba contra su compañero. Parecía más dulce y más frágil que nunca. En contraste, él daba la sensación de poder y fortaleza, capaz de ampararla y protegerla de todo peligro que pudiera acecharla...

Unos pasos más. Alguien murmuró una imprecación a causa de la lentitud de los trámites.

Un coche negro surgió de una esquina próxima y avanzó silencioso como un fantasma hacia la barrera. Era un vehículo grande de fabricación soviética. Un estremecimiento se extendió por todos los cuerpos cuando lo vieron acercarse...

Dos hombres vestidos con trajes oscuros saltaron del auto. El oficial del puesto se cuadró rígidamente ante ellos. Hablaron rápida y concisamente, apartados de todos los demás.

El joven rubio se irguió. Notó en sus manos el violento temblor de la muchacha. Susurró:

—Temía que sucediera eso, pequeña... Retrocede **y** ponte a salvo. Yo los entretendré si tratan de detenerte...

—Pero, ¿y tú?

—Haz lo que te digo..., todavía no nos han visto, Retrocede sin apresurarte, y cuando llegues a la esquina, echa a correr. Ponte a salvo. Tú eres ahora lo más importante del mundo...

—¡Pero te matarán si te descubren! ¡Debemos huir juntos o...!

—¡No levantes la voz! Aléjate ahora que estás a tiempo... Yo me reuniré contigo cuando pueda y lo intentaremos de nuevo.

—Pero, querido...

El la empujó hacia atrás con brusquedad.

—¡Basta! —Gruñó—. Debes ponerte a salvo.

Los dos hombres vestidos de oscuro estaban examinando la lista de los que ya habían cruzado al mundo libre. No había tiempo que perder.

El hombre rubio susurró:

—Si nos alejamos los dos lo advertirán inmediatamente. Tú tienes más probabilidades y yo te cubriré... ¿No quieres entenderlo? Tú eres más importante, y yo te quiero como un idiota. ¿Lo comprendes? Me volviste loco, corazón... Y ahora, escapa. ¡Vivo!

Ella le miró al fondo de los ojos. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Luego, giró sobre sus tacones y se alejó arrimada a la pared. El hombre rubio susurró:

—¡Que Dios te proteja, amor...!

Cuando devolvió su atención a los hombres del coche los vio cómo se apartaban de la mesa, dirigiéndose a los que aguardaban turno.

De repente, se detuvieron y uno de ellos le señaló con el dedo. Vagamente, mientras su mano se hundía bajo la chaqueta, pensó que hubiera sido mejor teñirse el maldito pelo...

El oficial gritó una orden. Los del traje oscuro se llevaron las manos al bolsillo mientras una gran agitación se desataba entre los que aguardaban...

El oficial descubrió a la muchacha rubia cuando ya alcanzaba la esquina. Aulló una orden con voz gutural y levantó su pistola, apuntando a la escurridiza figura que huía...

El hombre rubio sacó la mano de la axila. Empuñaba una potente «*Parabellum*» de largo cañón. Casi sin apuntar, con el mismo movimiento con que sacara el arma, disparó dos veces furiosamente contra el oficial.

Lo vio que daba un salto atrás empujado por los grandes proyectiles. Sonrió. Ya no podría disparar contra la muchacha...

La gente se arrojó al suelo. Los dos hombres vestidos de oscuro se precipitaron al coche, pero todavía pudo alcanzar a uno de ellos y matarlo antes que se pusiera a salvo.

Tras esto, dio un brinco hacia atrás buscando la protección del quicio de un portal tapiado. Apenas si había espacio allí, pero fue suficiente para que las primeras ráfagas de los fusiles ametralladores no pudieran alcanzarle, aunque esquirlas de muro le azotaron el rostro.

Esperó, sabiendo que ninguno de ellos se atrevería a salir en persecución de la joven mientras él estuviera por en medio. Oyó un grito y el potente motor del coche roncó al ponerse en marcha. De manera que iban a cazarle desde el auto...

Vio al pesado vehículo avanzar hacia donde estaba. Su «*Parabellum*» le mandó dos balazos que astillaron el parabrisas, a la altura del conductor. El coche dio un bandazo y cambió de dirección. Unos segundos después se estrelló contra la pared, a pocos metros de él, con un estruendo terrible. Alguien comenzó a lamentarse horriblemente desde los destrozados restos. Eran unos aullidos que helaban la sangre...

Nuevas ráfagas le buscaron. Sintió un terrible golpe en la cadera y apretó los dientes, cayendo hacia delante.

Pero siguió disparando mientras rodaba sobre sí mismo. Demostró lo completo de su entrenamiento cuando sus balas abatieron a dos vopos, haciéndolos saltar como peleles...

Después, una larga llamarada le penetró en el costado y el mundo cambió de forma y de color ante sus ojos, volviéndose oscuro y tétrico.

Tiró del gatillo y sólo se produjo un seco chasquido. El arma estaba vacía...

Oyó el retumbar de las descargas simultáneamente con la sensación de que llamaradas de infierno abrasaban su pecho y todo su cuerpo. Pensó que ella estaba a salvo... y murió.

Los *vopos* estaban nerviosos y exasperados. No advirtieron que había dejado de existir y continuaron acribillándolo durante unos segundos más con sus salvajes ráfagas. Sólo cuando se dieron cuenta de que los impactos eran lo único que zarandeaba el corpachón inerte, cesaron de disparar y fueron aproximándose al caído con las armas dispuestas, como si temieran que muerto y todo pudiera vengarse...

Los que se habían arrojado al suelo al empezar el breve tiroteo siguieron tan inmóviles como el muerto. Los *vopos*, faltos de alguien que les dijera lo que tenían que hacer, rodearon el cadáver entre agitados comentarios, sin darse cuenta que con su inactividad facilitaban la fuga de la hermosa muchacha rubia...

Una huida que la devolvía a un mundo cercado, oprimido..., pero en el cual ella todavía estaba viva.

CAPÍTULO II

LA PETICIÓN

No puede decirse que el impecable secretario de Justicia estuviera de muy buen humor aquella mañana, cuando el teléfono le arrancó del estudio de unos importantes documentos.

Sólo al escuchar la voz que le llegaba a través del aparato, su expresión se dulcificó un tanto.

—¿Qué ocurre, Frank? —preguntó con su voz pausada.

—Me gustaría mucho verle, señor. ¿Podría usted acudir al apartamento esta tarde?

—Si es para insistir sobre lo mismo, le anticipo que es inútil, Frank. No puedo autorizarle a una empresa loca y suicida, y que, además, podría desencadenar un grave conflicto diplomático.

—Es para hablar de eso, ciertamente. Confío que discutiendo el problema cambie usted de modo de pensar.

—No, Carella. Imposible.

—Bien, pero ¿irá usted esta tarde?

—Conforme. Alrededor de las cinco.

Colgó. Sacudió la cabeza de un lado a otro. Era asombroso que existieran hombres como Frank Carella, para los cuales la muerte no significaba apenas nada... Era como si les gustase jugar con ella mano a mano en un loco desafío...

Volvió a enfrascarse en el estudio de los documentos que tenía sobre la mesa, convencido en su fuero interno de que era inútil acudir a la entrevista con el jefe de «Los justicieros», pero íntimamente contento de reunirse de nuevo con ellos. Cada vez que eso sucedía, sentíase rejuvenecido, como si el contacto con aquéllos, hombres fuera un bálsamo para su espíritu siempre cargado con demasiadas responsabilidades.

Quince minutos más tarde, el zumbador le arrancó del trabajo. Apretó una clavija y la voz suave de una secretaria le anunció la visita de cierto señor Erwin; Jessup.

El secretario de Justicia frunció el entrecejo.

—¿Tenía hora convenida? —preguntó, todavía inmerso en los problemas que estudiaba.

—Sí, señor.

—Bien, hágale pasar.

Reunió los papeles, amontonándolos juntos, y los guardó en una carpeta de cuero.

El hombre que entró tendría unos cincuenta años. Su expresión parecía denotar profunda amargura. Tenía ojos pálidos y una revuelta cabellera gris. Andaba con firmeza y no se entretuvo en inútiles preámbulos.

—Como usted ya sabrá —empezó, después de los saludos de costumbre—, mi nombre es Jessup. Soy el actual presidente del N. S. C.^[1]

El secretario de Justicia asintió con un gesto. No es que supiera gran cosa de aquel organismo. Nadie sabía mucho sobre el particular, pero estaba enterado de su inmensa importancia dentro del Departamento de Defensa.

—Me alegra conocerle —dijo—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Jessup se removió en su sillón, como si no estuviera muy seguro de la acogida que iban a tener sus palabras.

—Verá usted... Quizá ha llegado a su conocimiento lo sucedido en Berlín Oriental con cierto individuo que grataba de pasar la frontera...

El secretario se enderezó. Sus ojos chispearon.

—Algo he oído —dijo, precavido.

—Bien, el hombre que fue muerto por los guardianes del «muro» era portador de una información de inmensa importancia. En realidad, creo que desde que terminó la guerra nadie trató de sacar de Rusia algo tan grave.

—¿De Rusia? Pero se supone que el hombre muerto procedía de Alemania Oriental...

—Venía de Rusia —machacó el visitante.

—Bien, sigo sin comprender qué tiene que ver mi departamento con todo esto.

Jessup carraspeó.

—Verá, nos han llegado informes precisos respecto a la muerte de ese hombre. Las autoridades de Alemania Oriental no hallaron nada en el cadáver. Ni siquiera los expertos rusos pudieron encontrar lo que ese hombre traía. Se supone que su informe quedó en manos de una mujer que le acompañaba y que logró escapar, aunque no pudo pasar la frontera. No necesito decirle que está siendo buscada por rusos y alemanes con todos los medios de que disponen.

Calló. Sus ojos pálidos no se apartaban del rostro del hombre sentado al otro lado de la mesa. Sonrió sin pizca de alegría.

—Nosotros necesitamos encontrar a esa mujer antes que ellos —dijo repentinamente.

El secretario se echó atrás en su sillón, estupefacto.

—¿Y viene a contármelo a mí? Creo que lo más propio sería que se dirigiera usted a la C.I.A.. Ellos tienen hombres entrenados para estas misiones.

—Demasiado profesionales, si usted me comprende. Por otro lado, no estamos muy seguros de que no haya una filtración en nuestros departamentos de seguridad, con lo cual la identidad de nuestro agente sería conocida de inmediato por los rusos.

—Ya veo... Pero eso no afecta al Departamento de Justicia, sino a los de Seguridad —repitió el secretario.

Jessup sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Nosotros también recibimos información que aparentemente no procede de ninguna fuente oficial, usted sabe. Noticias aparentemente sin importancia, ajenas a nuestro Comité. Sin embargo, las archivamos y de vez en cuando resultan provechosas. Éste es el caso que nos ocupa.

—Sigo sin comprenderlo.

Empezaba a impacientarse y ni siquiera trató de disimularlo. El visitante hizo una mueca de indecisión.

—Bien, voy a describirle al hombre que necesitamos —dijo—. Luego le aclararé por qué he acudido a usted. Debe ser de constitución a toda prueba, fuerte y ágil, entrenado para manejar toda clase de armas y capaz de luchar hasta la muerte con sus manos desnudas si llega el caso. No podrá vacilar a la hora de disparar, por cuanto no será sólo su vida la que estará en juego, sino algo infinitamente más importante...

—Un momento...

Jessup atajó el intento de ser interrumpido y prosiguió:

—Es imprescindible que hable alemán sin acento, y que comprenda y hable el ruso. Moralidad intachable. Capaz de despreciar sobornos económicos de gran cuantía si le son ofrecidos. Igualmente, deberá ser un hombre inmune a las tentaciones sexuales. Es también indispensable que posea nociones de contraespionaje...

El secretario de Justicia miró a su visitante con ojos azorados. El mal humor con que había comenzado el día se agudizó. Con voz áspera, gruñó:

—¿Y no exige usted que sea también ingeniero atómico, astronauta o algo así?

Jessup sonrió de nuevo sin alegría.

—Eso no es necesario. ¿Ha captado usted lo que realmente precisamos?

—Con todo detalle. ¿De veras cree encontrar ese fenómeno?

—Creo que podrá lograrlo «usted», señor.

—¿Yo?

—Ya le he dicho antes que hasta nuestro Comité llegan informes aparentemente sin importancia, o que no nos conciernen en absoluto. Tenemos un *dossier* lleno de datos sobre «Los justicieros», Dando por sentado que la mitad de lo que ha llegado hasta nosotros sea producto de la más exaltada fantasía, con lo que queda en la otra mitad creo que esa gente es la que necesitamos... También sabemos que usted no ignora la existencia de semejante grupo, señor...

Había cierta ironía en esas palabras. El secretario de Justicia se recostó en el sillón con una mirada hosca en sus pupilas, que brillaban detrás de las gafas sin montura.

—De modo que es eso —gruñó.

—Exactamente.

Sintió tentaciones de echarse a reír al pensar en Carella, y en lo que preocupaba a éste.

—¿Qué más sabe sobre ese grupo?

—Poco más —dijo Jessup a regañadientes—. Pero es indudable que uno de sus componentes efectuó una misión secreta al otro lado del «muro de la vergüenza». Y con notable éxito, por cierto, según nuestras noticias.

—Ya veo...

—Bien, ése es nuestro hombre. Si carece de alguna de las condiciones que le he expuesto, podemos adiestrarle en pocos días... Igualmente, no ignoramos los riesgos mortales a que vamos a exponerlo y tenemos tomadas las medidas para que sea debidamente recompensado a su regreso... O, en caso de que no pueda volver, su familia será debidamente indemnizada.

—Lo malo, señor Jessup, es que el hombre de que habla no carece de ninguna de las cualidades que desean ustedes. Yo diría que las supera en mucho...

—¿Y esto es malo?

—Justamente, porque opino que es mandarlo a una muerte cierta si le encargan ustedes de esa misión.

—No olvide que supo salir vivo cuando estuvo en territorio de la Alemania Oriental... y entonces también desempeñó un difícil cometido.

El secretario de Justicia movió la cabeza dubitativamente. Interpretando aquella duda de manera errónea, Jessup preguntó:

—¿Teme acaso que ese hombre rechace la misión, señor?

—Muy al contrario. Sé que la aceptará...

—¿Cómo puede estar usted tan seguro?

Hizo una mueca. Lentamente, sabiendo que Jessup iba a llevarse la mayor sorpresa de su vida, rezongó:

—Porque él me pidió que le dejara ir a Berlín Oriental para investigar la muerte de Harry Kern... y vengarlo.

Erwin Jessup pegó un respingo, estupefacto. Tardó unos segundos en coordinar sus ideas y entonces balbució:

—Esto es sorprendente..., increíble...

—Le negué la autorización —añadió el secretario.

—¿Por qué? No comprendo...

—Yo sé lo que representa un intento semejante, y aprecio en todo lo que vale a ese hombre. Pero Harry Kern era un gran amigo suyo al parecer, aunque hacía años que no sabía nada de él.

—Increíble —repitió Jessup, todavía aturdido por la sorpresa.

Se produjo un largo silencio. El secretario de Justicia pensaba que a fin de cuentas su mal humor tenía fundadas razones para existir. Había empezado mal el día...

Fue Jessup quien rompió la pausa al preguntar:

—¿Cuándo cree usted que podré entrevistarme con él, señor?

—En ningún momento —fue la seca respuesta—. Yo lo veré esta tarde.

—Pero... Es inaudito. Es preciso que le ponga al corriente de los detalles. Debo decirle...

—Todo lo que piense decirle usted a él se lo transmitiré yo personalmente.

La voz rotunda no admitía réplica. Erwin Jessup lo comprendió, aunque en su fuero interno juzgó que aquello era un exceso de

precauciones por parte del secretario.

—Está bien —convino a regañadientes—. Le redactaré a usted un completo informe del caso, a fin de que pueda transmitírselo directamente al interesado. Supongo que podrá partir inmediatamente para Alemania.

—El está impaciente. Saldrá esta noche, o mañana a más tardar.

—Entonces, creo que debo indicarle ahora todo lo que sabemos respecto a la manera de cruzar el «muro»...

—Eso sería perfectamente inútil. El encontrará la manera de burlar la vigilancia... en ambas direcciones, aunque sea organizando una pequeña batalla campal como la otra vez. Todo lo que necesito es que usted me de el nombre de la mujer que huyó, su última dirección conocida y los datos complementarios que posea respecto a sus amistades, parientes y cuanto considere que puede ser de interés para la investigación.

—Está bien, pero me parece un procedimiento un tanto anormal. ¿No cree?

—También los métodos de esos hombres son más que irregulares. Pero obtienen el más completo éxito, y eso es lo que importa.

Jessup se encontró sin argumentos para rebatir esa afirmación, de modo que dejó de discutir y procedió a facilitar los datos solicitados sin más demoras.

Sin que él lo supiera, aquellos hombres estaban preparando una carga mortal para los hombros de Carella.

Una carga que él mismo había deseado.

CAPÍTULO III

HACIA EL INFIERNO

La gran aeronave celeste volaba a una altura ridícula en comparación con el *techo* normal de vuelo. A través de las ventanillas los pasajeros distinguían con claridad el paisaje que se extendía allá abajo como un: mapa en relieve, verde y ocre, salpicado de tonos vivos como la paleta de un pintor.

Una voz monótona les rogó que apagaran los cigarrillos y se ajustasen los cinturones de seguridad. Luego, las azafatas recorrieron el pasillo repartiendo sonrisas y asegurándose de que la orden había sido cumplida.

De repente, surgió la ciudad y un estremecimiento recorrió los miembros de aquellos pasajeros que no estaban familiarizados con Berlín y su vergonzosa muralla.

Tempelhof, el gran aeropuerto internacional, estaba a la vista. El majestuoso pájaro de acero describió un círculo en espera de la autorización para aterrizar. Después, descendió suavemente en busca de la pista, por la que se deslizó como un bólido. Apenas si se notó una ligera sacudida cuando las ruedas tropezaron con el suelo.

Instantes después, la gran aeronave rodaba como un coche hacia la marquesina que aguardaba a los pasajeros del otro lado del mar.

Descendieron por la escalerilla como un rebaño bien ordenado. Frank Carella fue de los últimos en hacerlo, mirando a su alrededor con curiosidad de buen turista. Llevaba una ligera cartera de mano y no parecía que hubiera nada capaz de preocuparle.

Entre los últimos pasajeros que descendieron del aparato estaba un hombre de recia constitución, vestido de gris y cuyos ojos vivos e inteligentes destellaban de humorismo. Sus facciones eran un tanto irregulares, como cinceladas por un escultor que se hubiera cansado a la mitad del trabajo. Peter Brett no dirigió ni una mirada a su jefe y amigo, sino que anduvo entre los pasajeros comentando animadamente las perspectivas que ofrecía Berlín como punto de cita turística internacional.

No obstante, Peter Brett era uno de los implacables miembros del grupo de Frank Carella, aunque nadie, durante todo el viaje, hubiera podido sorprender ni una mirada, ni un ademán delator de que se conocían.

Los trámites de visado de pasaportes fueron rápidos, sencillos y eficientes. En contraste, la espera por el equipaje se prolongó de manera exasperante, como de costumbre en todos los aeropuertos del mundo.

Cuando finalmente cada uno de los pasajeros pudo verse con su maleta, se encaminaron a la salida donde el autocar aguardaba con el motor en marcha.

Frank Carella se rezagó dejando que partiera sin él. Después, tomó un taxi y se hizo conducir directamente al hotel de segunda categoría en que estuviera alojado en su anterior visita a la dividida ciudad.

Era una mañana soleada que respiraba paz. Carella se recostó en el respaldo del asiento y suspiró. Realmente, aquella paz era puramente ficticia... y nadie como él lo sabía con más certidumbre.

* * *

La oficina de telégrafos era un edificio nuevo como la inmensa mayoría de la ciudad reconstruida. Carella subió la escalinata con

paso cansino, entre la riada de gentes apresuradas que entraban y salían.

El espacioso interior era una colmena de ritmo frenético. Buscó con la mirada y al fin encaminóse a una ventanilla solitaria tras la cual un aburrido funcionario estampaba sellos de goma a un ritmo más bien lento. El hombre levantó la cabeza al notar que alguien se inclinaba ante la ventanilla.

—¿Sí? —indagó.

Frank Carella sonrió, dando la sensación de un hombre perdido en las garras de la burocracia.

—Necesito averiguar algo —dijo, titubeante—. Soy forastero, ¿comprende? No conozco nada de todo esto...

—Recurra a «Información».

—Temo que no sea tan sencillo. Recibí un telegrama, vía *American Cable*... Fue puesto aquí, en Berlín Oeste.

—¿Y bien? —Se impacientó el hombrecillo.

—Quisiera saber quién lo expidió.

—Mire, diríjase a la ventanilla número seis y...

Carella hizo un ademán torpe y dejó que un billete de veinte dólares cayera sobre el mostrador, bajo la ventanilla.

—Hay mucha gente en la ventanilla número seis —recitó—. Si usted fuera tan amable...

El hombrecillo lanzó un vistazo a su alrededor. Después, su mano blanca y débil como la de una mujer hizo desaparecer el billete y murmuró:

—Veré qué puedo hacer... ¿Tiene aquí el «cable», señor?

Frank le entregó el papel amarillento. El hombre se alejó. El encendió un cigarrillo y se recostó en el mostrador pacientemente. Tal vez la suerte estuviera de su parte y aquella débil pista le diera un punto de partida...

El hombrecillo tardó casi diez minutos. Le devolvió el telegrama y dijo apresuradamente:

—Detrás le he anotado el nombre y la dirección. *Auf Wiedersehen*.

—Auf Wiedersehen.

Se alejó sin mirar lo anotado. Ya tendría tiempo de hacerlo fuera de allí.

Anduvo por la acera mirando con curiosidad el mundo agitado que le rodeaba. Detestaba el ambiente de Nueva York a causa del frenesí que imperaba en sus calles, con la gente apretujándose, empujados por unas prisas insanas que les empujaban de un lado a otro con los minutos contados...

Berlín Occidental no tenía nada que envidiar a Nueva York en este aspecto.

Poco después encontró un remanso de paz en un pequeño jardín público, al lado de una escuela. Se detuvo, tomó asiento en un banco y contempló cómo dos ancianos tiraban migas a unos pájaros.

Sacó el papel amarillo y leyó lo que el funcionario había escrito:

—Hans Lübeck. Koeslinplatz, 24.

Bien, ya tenía un punto de partida. Estuvo fumando y contemplando el tránsito mientras reflexionaba y trazaba planes. Le hubiera gustado entrevistarse con Peter Brett y los demás, que debían estar a punto de llegar a Berlín. Johnny Rugolo y Lin Burke, el primero con su ceñuda expresión y total desprecio del peligro, y Burke con *su* incesante nerviosismo, que sólo le desaparecía cuando entraba en acción...

Pero habían convenido que no se entrevistarían a menos que ocurriera algo grave e imprevisto. Ellos sabían lo que debían hacer, de modo que podía desentenderse del grupo hasta el instante en que fueran necesarios...

Se encogió de hombros, levantándose, y siguió andando hacia el hotel en que se hospedaba, al día siguiente cruzaría el muro... y esta vez sin alboroto.

Pero antes quedaba mucho por hacer todavía.

CAPÍTULO IV

LA PISTA

Había anochecido cuando se detuvo en la plazoleta. El número 24 era una casa de planta y piso, en dos de cuyas ventanas brillaban las luces.

Era un paraje tranquilo y apenas nadie se había cruzado con él desde que abandonara el taxi. Trató de imaginarse cómo sería aquel hombre, Hans Lübeck.

Llamó al timbre resueltamente. Estaba preparado para enfrentarse con cualquier tipo de riesgo, con un hombre quizá brutal, tal vez desconfiado y escurridizo..., pero no con la visión que apareció en el umbral cuando se abrió la puerta.

Era una mujer alta y flexible, de largas piernas y caderas retundas bajo la estrecha cintura. Unos senos descarados tensaban la blusa con que los cubría como si trataran de romperla. Tenía un rostro de tez blanca en el que unos ojos verdes chispeaban cargados de malicia. Una naricilla respingona le daba un aspecto aniñado, impresión que borraba la visión de unos labios gordezuelos, húmedos y apetecibles.

La estrecha falda no dejaba lugar a dudas sobre la firmeza de aquel cuerpo espectacular. Carella arrugó el entrecejo, porque aquella mujer venía a complicar las cosas.

—Wer ist da?

—*Ist da herr Lübeck?* —preguntó Carella en un alemán impecable.

—Ja, aber wer ist da?

—Busco a Hans Lübeck y a nadie más —le espetó Carella para evitar tener que darle su nombre—. Me han dicho que vive aquí.

Ella se pasó las manos por las caderas, alisándose la falda. En realidad, la prenda estaba tensada al máximo y no necesitaba atención alguna.

—Hans es mi hermano, pero ahora no está aquí. Entre y espérele si quiere.

Frank titubeó.

—¿Tardará mucho en regresar?

—No lo sé.

Carella clavó sus ojos en las verdes pupilas de ella. Captó el brillo chispeante, y la expresión de interés... Pero le pareció que había algo más, algo insólito que no llegaba a comprender. Quizá sospecha... o temor tal vez.

—Le esperaré, si no le importa —decidió.

—Entre.

La siguió al interior y ella cerró la puerta. Después, anduvo ante él, guiándole. Tenía una manera de andar voluptuosa, insinuante, que debía causar estragos entre sus admiradores. Carella notó que su pulso aceleraba sus latidos a pesar de su perfecto dominio.

—Siéntese. ¿Quiere beber algo, cerveza?

—Gracias, no quisiera darle trabajo...

—No se preocupe. ¿Cerveza, sí?

—De acuerdo, si usted bebe conmigo.

Ella desapareció tras una puerta. De nuevo, su marcha fue una exhibición de suave dominio de su anatomía. Carella encendió un cigarrillo y trató de imaginarse a Johnny Rugolo en su lugar... Sonrió para sí.

Cuando regresó le ofreció un gran vaso coronado de espuma.

—A su salud —murmuró Frank.

Ella aceptó el brindis y bebió un largo sorbo del suyo. Luego preguntó:

—¿Es usted amigo de mi hermano?

—No.

—Pero le conoce.

Sacudió la cabeza.

—No —repitió.

Ella le miró con redoblado interés, o quizá con una sombra de sospecha en sus pupilas.

—¿No? —exclamó—. ¿Para qué quiere verle entonces?

—Quizá para conocerlo, precisamente.

—Oiga, está saltando usted de evasiva en evasiva. Y todavía no me ha dicho cómo se llama...

El titubeó un instante. Podía hacerse pasar por alemán sin que pudieran descubrir la superchería, pero calculó que si tenía que arrancar los datos que quería, tal vez fuera más fácil si sabían que era americano.

Ella insistió:

—¿Le molesta dar su nombre acaso?

—En absoluto; me llamo Frank Carella.

—¿Carella? Pero... usted no es alemán.

—Soy americano.

—Es asombroso... Habla usted nuestro idioma perfectamente..., sin acento alguno...

El captó la repentina tensión que se había interpuesto entre ellos.

—¿Cambia las cosas el que sea extranjero?

—¿Qué cosas?

Levantó el vaso mediado de cerveza.

—Su hospitalidad, pongamos por caso.

Ella sonrió. Tenía unos dientes fuertes y blancos que destacaban entre el rojo de los labios.

—No, claro que no... Sólo que me ha sorprendido. ¿Por qué quiere ver a mi hermano?

—Deseo formularle un par de preguntas, eso es todo.

—¿Policía americano?

—¿De dónde saca semejante idea?

—O quizá un oficial del Ejército estacionado aquí...

—No trate de crearme una personalidad nueva. No soy nada de eso.

—¿Entonces...?

—Un simple ciudadano en viaje, digamos, turístico.

Ella sacudió la cabeza. De nuevo sonrió y dejóse caer sentada frente a él. Sus hermosas piernas ganaron en perspectiva. Carella realizó un esfuerzo para que su mirada no descendiera.

—Usted tiene tanto aspecto de turista como yo de marciana —le espetó—. Empieza a inquietarme su interés por mi hermano. ¿Ha hecho algo malo acaso?

—No, que yo sepa.

—¿Algo relacionado con su trabajo?

—Bien, no sé siquiera cuál es el trabajo de su hermano...

—Conductor de un autocar de turismo, pero no puedo creer que usted no sepa nada de él y esté interesado en hablarle.

—Mire, no es nada complicado, pero sí personal. Y para variar de tema, usted ha averiguado mi nombre, pero no me ha dicho el suyo.

—Else —murmuró la muchacha.

Frank bebió otro sorbo de cerveza, dejó el vaso a un lado y sacó, el paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a la mujer y ambos encendieron.

De repente, ella exclamó:

—¿Sabe usted? Me gustan los americanos... Son como niños grandes.

Carella enarcó las cejas.

—¿Quizá despiertan sus instintos maternos? —replicó con serna.

Ella le examinó larga y especulativamente. Hizo un mohín con sus labios rojos.

—Creo que está burlándose de mí. Bueno, no me quejo, me lo he buscado.

—Nunca se me ocurriría burlarme de una mujer como usted, Else. Oiga, ¿sabe que tiene un bonito nombre? Else..., suena bien.

—Tengo la impresión de que estoy pisando arenas movedizas con usted. No estoy segura de nada, ni sé siquiera si me habla en serio o...

—Completamente en serio —replicó Carella, impertérrito. Sabía que aquél era el camino más recto para alcanzar sus fines. Aquella mujer, con su belleza provocativa, era igual que un libro abierto para él.

—No lo comprendo —susurró Else—. Viene usted aquí desde tan lejos... y sólo para hablar con mi hermano. ¿Sabe que me asusta?

—Crea que lo lamento mucho. Yo no he venido desde Nueva York con el exclusivo fin de hablar con su hermano. Digamos que él es sólo un pequeño objetivo en mi viaje.

—Si conociera usted a Hans no diría que es pequeño —sonrió la muchacha—. ¿Ha venido usted solo?

—Sí.

—Si yo estuviera casada con un hombre como usted, no le dejaría efectuar un viaje así solo...

—Pero yo no estoy casado. Ésa es mi ventaja.

—Ya comprendo.

—Y usted, ¿es casada?

—¡Por Dios, no...!

—Eso demuestra que los alemanes no son hombres de buen gusto...

—¿Usted cree eso realmente?

El asintió. Dejó que su mirada la recorriera de arriba abajo y luego de abajo arriba, hasta que sus ojos tropezaron con los verdes y fulgurantes de ella.

Dijo suavemente:

—Opino que usted y yo deberíamos conocernos mejor, Else. No esperaba encontrarme con una mujer como usted en mi viaje a Berlín...

—Me gustaría saber por qué me halaga ahora.

—Eso puede averiguarlo fácilmente; mírese a un espejo.

Ella sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Hay algo en usted, en su manera de mirar, que desmiente sus palabras. O quizá en la expresión de su rostro... ¿Por qué está lleno de amargura?

—¿De dónde saca semejante idea?

—De sus ojos quizá.

El se encogió de hombros.

—Esto parece el juego de los despropósitos —comentó—. A fin de cuentas, es una manera como otra de perder el tiempo. ¿No tarda mucho su hermano?

—Acostumbra a venir tarde... O quizá no venga. Algunas noches las pasa fuera de casa.

—No me diga...

—Así es. Creo que tiene una novia o algo así en alguna parte.

—Ya veo... Sería muy lamentable que la de hoy fuera una de esas noches.

—Quizá sea lo mejor, después de todo.

El la miró. Le desconcertó un poco lo que vio en ella.

—Me gustaría mucho comprenderla a usted, Else —le espetó con voz suave—. Eso casi me compensaría de la tardanza de su hermano.

—¿Lo dice de veras?

—Así es.

—¿Por qué?

—No creía que fuera necesario aclarárselo con todas las letras, Else.

—Comprendo. Ahora sí que estoy segura que le entiendo. No le gusta perder el tiempo, ¿verdad?

—Creo que lo estamos perdiendo lamentablemente ahora.

Los dientes blancos de ella relucieron con la sonrisa. Se levantó, acercándose a la butaca donde él estaba sentado. Le miraba fijamente con sus ojos verdes, que parecían despedir chispas de luz. Sus labios húmedos estaban entreabiertos y su respiración era más agitada de lo normal.

Carella no se movió. Todo lo que hizo fue tomar el vaso y vaciar el resto de la cerveza.

—Eres un hombre curioso, Frank —dijo, tuteándole—. Me desconciertas, y al mismo tiempo, creo entenderte perfectamente. Nunca me había sucedido nada igual.

—Tal vez no has tratado con las personas adecuadas.

—Debe ser eso...

Se deslizó hasta quedar sentada en el brazo del butacón. Sus labios rojos y húmedos temblaban.

—Ahora lamentaría mucho que tu hermano regresara...

Eso fue lo último que dijo. Ella se dejó caer fuera del brazo de la butaca. Sus labios dejaron de temblar cuando él la abrazó. El beso no fue simplemente eso, sino que en un instante se convirtió en una hoguera que abrasaba. Carella casi se olvidó de su trabajo, porque aquella boca lo dominaba todo, lo daba todo y lo exigía todo a cambio.

Cuando se apartó para respirar, Else ya no sonreía.

El fuego de sus labios parecía haberse contagiado a sus ojos.

—Lo he pensado al verte —susurró—. Aunque entonces no sabía cómo llegaríamos a esto...

—De modo que has estado dando vueltas en la oscuridad.

—Así es. Pero ahora ya no hay negrura... Sólo luz. De nuevo, dejó que sus labios ardieran en el beso. Algo se agitó en el fondo de Carella, como un reproche... Luego, hasta éste se apagó también y el tiempo dejó de tener importancia, como si se hubiera detenido...

CAPÍTULO V

«ENTRA, DIJO LA ARAÑA A LA MOSCA...»

Frank Carella se apeó del metro en la estación Zoo, salió a la superficie y miró a su alrededor. Vio el enorme autocar estacionado a pocos metros de distancia. Había un pequeño grupo de personas a un lado en evidente actitud de espera.

Carella dio la vuelta al reluciente vehículo hasta descubrir al hombre que fumaba, apoyado en la carrocería, al otro lado. Era un tipo gigantesco, de manos velludas y cabello revuelto. Parecía una burla de la naturaleza que un gorila semejante pudiera ser hermano de la bella Else...

—Usted es Hans Lübeck, ¿no es cierto?

El gigante ladeó la cabeza. Sus movimientos eran lentos, pesados, pero Carella advirtió la fuerza y la elasticidad en los músculos que se adivinaban bajo la camisa gris.

—Sí.

Como contraste, tenía una voz más bien aguda.

—Su hermana me dijo que le encontraría aquí esta mañana.

—¿Else?

—La vi anoche. Estuve en su casa, esperándole. Pero usted no fue a dormir allí.

—Tenía un compromiso. Imagino que Else le haría los honores de la casa...

Se echó a reír. Carella hundió la mano en el bolsillo y extrajo el arrugado papel amarillo.

—Usted mandó este cable a Estados Unidos...

El hombretón dio un respingo. Palideció hasta la raíz de los cabellos.

—¿Quién es usted? —balbució.

—Mi nombre es Frank Carella. Este telegrama iba dirigido a mí.

—¡Oh!

Frank dio un vistazo alrededor. Nadie les prestaba la menor atención.

—No tenemos tiempo suficiente para explicaciones —dijo con voz concentrada—. Todo lo que quiero saber es quién le encargó ponerlo. Puede confiar en mí, Hans... Se trata de algo sumamente importante.

—Mire, yo no sé nada. Me dieron el texto y la dirección «al otro lado», durante una excursión de turistas...

—Nada de cuentos. ¿Se da cuenta que puedo hundirlo si me lo propongo? Su nombre y dirección constan en el registro...

—Es cierto —murmuró Hans desatentadamente—. Para el extranjero, exigen la presentación de un documento de identidad...

—¿Y bien?

—Le juro que me dieron el texto y la dirección durante una excursión...

—¿Quién?

—No sé cómo se llama...

—No puedo creer que usted aceptase una cosa semejante sin más ni más. Sabía lo que se jugaba. ¿Acierto si presumo que usted hace encargos de este tipo a menudo, mediante el pago de crecidas sumas?

—Va usted a perderme...

—No, si es usted sincero conmigo.

—Si se lo digo, ¿qué hará usted?

—Nada que pueda perjudicarle. ¡Vamos, abrevie!

—Bueno, hay un hombre en el otro sector que de vez en cuando se pone en contacto conmigo, para que le pase comunicaciones. Me paga en dólares. Este telegrama fue uno de esos mensajes.

—Ahora empezamos a entendernos. ¿Quién es el hombre?

—Todo lo que sé es que se llama Karl Horts, eso es todo.

—¿Dónde vive?

—No lo sé. ¡Le juro que no lo sé! El aparece, cuando quiere, en las cercanías del Gran Monumento Soviético de la Guerra, en el parque Treptower. Es escala obligada de todos los turistas que visitan el Berlín Este...

—¿No sabe usted por anticipado cuándo ese hombre va a aparecer?

Hubo una ligera vacilación por parte de Lübeck. Luego murmuró:

—No...

—¡Miente, Hans!

—Bueno, la verdad es que durante el recorrido por el Berlín Oriental, él coloca una contraseña para que yo sepa si acudirá o no, a fin de que pueda estar preparado...

—Eso me interesa. ¿Qué requisitos hay que cumplir para tomar parte en el recorrido?

Le miró, aturdido.

—¿Pretende atravesar el muro?

—Justamente.

—Está loco... No podrá hablar con Horts... El nunca se arriesgará a tener tratos con un desconocido...

—Eso corre de mi cuenta. Quiero pasar al otro lado, Hans, de modo que deje de lamentarse. ¿Qué hay que hacer?

—Sólo entregar el pasaporte a la muchacha guía, y hacer una declaración de dinero...

—Muy bien. ¿A qué hora se inicia el viaje?

—Mire, es una locura... La visita al monumento dura sólo unos minutos. Aunque hoy Horts estuviera allí, usted no tendría tiempo de ponerse en contacto con él. El guía del otro sector le obligaría a regresar al autocar con los demás.

—Pienso que ese guía no debe extremar su vigilancia. ¿Se ha dado alguna vez el caso de un turista que haya desaparecido de la expedición con intención de quedarse en el sector Oriental?

—Jamás.

—Ahí tiene, la vigilancia estará relajada.

—No me diga que es eso lo que pretende... quedarse «allí».

—Ni más ni menos.

Hans se tambaleó como si acabara de recibir un mazazo en la frente.

—¡Increíble...! —susurró.

—Y bien, ¿a qué hora salimos?

—A las diez en punto..., pero...

—Nada de peros. Tengo casi una hora de tiempo. ¿Debo inscribirme ahora, o en el momento de salir?

—Cuando suba al autocar...

—Está bien. No se le ocurra decir una palabra de esto, Hans, porque le aseguro que lo pasaría muy mal.

Dio media vuelta, tomó un taxi y se hizo conducir al hotel en que se hospedaba. Nadie le prestó atención y Frank subió a su cuarto, en el cual se encerró para efectuar los preparativos.

Se desnudó, cambiándose de ropas. Las que se vistió para el viaje eran prendas compradas en Berlín Occidental, y cuyas etiquetas habían sido arrancadas. Del fondo de la maleta extrajo un pasaporte a nombre de Harold Russell, industrial de Nueva York...

Después, acomodó su mortífera «Magnum» 389 debajo del cinturón, se hizo con dos cargadores de recambio y, finalmente, sujetó alrededor de su pierna una correa a la que estaban sujetas cuatro pequeños estuches.

De uno de ellos extrajo un aparatito no mayor que una caja de cien cerillas. Apretó un diminuto resorte y aguardó con el aparato cerca de la cara.

De repente, el botón que había oprimido tomó un color rojo vivo y parpadeante. Lo apretó hasta el fondo y en el mismo instante la voz

un tanto metálica de Johnny Rugolo surgió del diminuto receptor y transmisor.

—Recibida la señal, Frank. ¿Me oyes?

—Perfectamente, pero no pronuncies nombres. ¿Todo preparado?

—Seguro. Faltan un par de detalles, pero los solucionaremos en cuestión de horas.

—Muy bien, voy a «cruzar» esta mañana. A partir de ahora deberá haber siempre uno a la escucha. ¿Comprendido?

—Perfectamente.

—Ya no volveré a comunicar hasta el momento preciso. Si la acción debe ser llevada a cabo de noche, será utilizando el plan tres.

—Entendido, muchacho. Buena suerte.

Creyó notar un timbre extraño en la voz de Rugolo, como si tuviera dificultades con sus cuerdas vocales. Sonrió para sí y dijo:

—Eso es todo; corto.

—Suerte —repitió Rugolo.

Volvió a guardar el aparato en el estuche, arregló el pantalón y bajó al mostrador de recepción.

—Quizá pase unos días fuera —explicó—; depende de unos amigos a quienes voy a visitar ahora. Pero la habitación quiero que siga reservada, porque dejo el equipaje en ella. ¿Conforme?

—Como usted guste, señor.

Salió a la calle. Faltaban quince minutos para la salida del autocar. Debía darse prisa.

Un taxi le dejó detrás del gran vehículo. La mitad de los asientos estaban ocupados ya por curiosos turistas de diferentes nacionalidades. Aquellas excursiones eran exclusivamente para extranjeros.

El chófer se paseaba por la acera fumando con mal disimulado nerviosismo. Respingó al ver a Carella.

—Tenía la esperanza de que no viniera usted —rezongó—. Vamos a partir en unos minutos.

—Bien, ¿qué contraseña coloca ese Horts para que usted sepa que estará en el Parque?

—Una mujer vieja, vestida de negro, parada delante del lugar que ocupó el refugio de Hitler.

Carella miró al hombre como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Está burlándose de mí? —Gruñó.

El chófer no replicó porque una muchacha de unos veinticinco años le estaba haciendo señas desde una ventanilla.

—Salimos —murmuró, encaramándose a su butaca frente al volante.

Carella se apresuró a subir también por la parte posterior del vehículo. Tomó asiento en la última fila de butacas, de modo que quedaba a espaldas de todos los demás viajeros. No deseaba que se fijaran particularmente en él.

Entregó su pasaporte, falso, a la muchacha, y ésta le dio un impreso en el que redactó su declaración de dinero. Un minuto después, el autocar rodaba hacia la ignominiosa muralla.

La joven guía explicó con monótono acento, en inglés primero y en francés después, los pormenores más interesantes del recorrido. En un momento determinado señaló un edificio, a la derecha de la calle, y les notificó que aquél había sido el cuartel general de Adolf Eichmann llamado también «El Verdugo de los Judíos».

Luego, cuando el autocar se detuvo delante del muro, en la *Friedrichstrasse*, junto al punto de cruce, la muchacha guía abandonó el autocar anunciándoles que en el otro lado su puesto sería ocupado por un guía del Sector Oriental.

Salieron perdiendo con el cambio, porque quien se hizo cargo del cometido fue un hombre de aspecto vulgar, y que pronto les confundió con una catarata de cifras estadísticas sobre los grandes logros del paraíso de *Herr Ulbricht*.

La puerta de Brandemburgo, contemplada desde el lado oriental, le produjo un sentimiento de tristeza y desolación, al igual que Unter

den Linden, donde destacaba, solitario, el macizo edificio de la nueva embajada soviética.

Pero apenas si prestaba atención a las enervantes explicaciones propagandísticas del guía, por cuanto, al pasar frente a lo que fuera ingente refugio de Hitler, había visto a una anciana pulcramente vestida de negro plantada allí, mirando al autocar con curiosidad...

No oyó la descripción del refugio, absorto en sus pensamientos.

Al fin, después del pesado recorrido, el vehículo se detuvo y el no menos pesado «cicerone» anunció:

—Ahora podrán ustedes visitar el impresionante Monumento Soviético de la Guerra, erigido en el Parque Treptower.

El chófer le dirigió una mirada cargada de angustia cuando descendió del vehículo, detrás del resto de turistas. Nadie más le prestó atención. El guía tenía demasiado trabajo para recordar la cantinela, de modo que Frank no encontró dificultad alguna para quedarse rezagado, hasta que al fin se detuvo junto a un macizo de arbustos fingiendo que se ataba un zapato.

Sabía que la visita no duraba más que unos minutos. Si alguien tenía que ponerse en contacto con el chófer ya no podía tardar.

Al fin lo vio. Era un hombre de pequeña estatura. Vestía con sencillez, aunque muy limpio y acicalado. Se apoyaba en un bastón, aunque no parecía necesitarlo para andar, ya que se movía con agilidad.

Le vio hablar con el chófer. Ambos encendieron cigarrillos y el hombre se fue. No había nadie por los alrededores.

Carella rodeó el macizo de arbustos. Confió en que su desaparición no fuera notada hasta la llegada al muro, con lo cual tendría tiempo suficiente para poner tierra de por medio.

Anduvo sin prisas detrás del hombre del bastón. No pudo descubrir el más ligero signo de que su perseguido hubiera advertido que le seguían.

Poco a poco se adentraron por calles más concurridas. La gente iba bien vestida, pero con machacona uniformidad. Frank observó que entre aquellas personas no se cruzaban los alegres saludos y

las bromas que había visto y oído en el Berlín Occidental, y a las que son tan aficionados los alemanes...

Su perseguido le llevó directamente a un bar de mal aspecto. Esperó por los alrededores. Luego, su hombre reapareció y anduvo con más ligereza que antes.

Su paseo forzado acabó al pie de una casa de apartamentos en la que el hombrecillo desapareció. Carella entró tras él hasta ver en qué puerta introducía su llave...

Tras esto, volvió a la calle para darle al otro un poco de tiempo... y para trazarse sus apresurados planes.

CAPÍTULO VI

LAS COSAS SE COMPLICAN

Llamó a la puerta y esperó con los nervios tensos. Una voz poco segura preguntó desde el otro lado:

—¿A quién buscan?

—Abra; necesito hablar con usted.

Hubo una corta pausa. Después, la puerta se abrió unas pulgadas, aunque continuó sujeta por una cadena. La cara pálida del hombre le miró, disimulando apenas su temor.

—¿Quién es usted?

—¿Quiere que discutamos aquí fuera? Se trata de algo confidencial. Déjeme entrar.

—No sé quién es usted...

—Me conocerá si me permite entrar.

—Mire, tengo mucha prisa. Iba a salir ahora mismo... tengo una cita...

—La entrevista acaba usted de celebrarla con el chófer del autocar —le espetó Carella, impaciente—. ¿Quiere abrir de una vez?

El hombre pareció a punto de desmayarse. Luego se irguió como pudo y murmuró:

—Bien, siempre he sabido que esto tenía que suceder un día u otro... Pase. ¿Dónde están los demás?

Frank entró. Era un apartamento pequeño, pulcro y muy limpio, sin nada superfluo, sólo con los muebles imprescindibles.

El hombrecillo insistió:

—¿Dónde están los demás, abajo, en la calle?

—¿A quién diablos se refiere? He venido solo.

—No lo comprendo... ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Usted es Karl Horst, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—Entonces no hay error posible.

—No, claro que no. ¿Me permitirá llevar un poco de ropa?

Carella le miró, estupefacto. De repente, pareció comprender.

—¿Quién cree usted que soy? —indagó.

—No alcanzo a comprender su actitud. Usted es un miembro de la policía política, por supuesto...

—Tonterías. ¿Habla usted inglés?

El hombre retrocedió un paso.

—¿Es una trampa? Ustedes saben perfectamente que hablo inglés, puesto que desempeñé una cátedra de ese idioma antes de la guerra... cuando hacía poco tiempo que me había doctorado...

—Bien —dijo Frank en su idioma—. Yo soy americano, no un policía del camarada Ulbricht. ¿Disipa esto sus dudas?

Durante unos segundos, Karl Horst no pudo hablar. Después susurró:

—No es posible... no puedo creerlo. Usted es alemán, aunque hable bien el inglés con acento americano, Pero su actitud es absurda. Si ha venido a detenerme...

—¡Oh, demonios! Olvídese de eso. Quiero informes, Horst. He venido de Nueva York sólo para cumplir una misión que quedó rota al morir Harry Kern. ¿Le conocía usted?

—No. Y es inútil este interrogatorio. No sé nada, no diré nada.

Carella suspiró.

—No sea estúpido. Yo formaba parte de la expedición de turistas que viajan en el autocar de Hans, sólo que me he escabullido para poder hablar con usted.

—¿Por qué razón? Yo no sé nada de nada...

—¡Maldición! Deje eso. Usted le dio un telegrama a Hans para que lo cursase desde el Berlín Occidental. ¿Recuerda a quién iba dirigido?

El hombre no respondió. Estaba mortalmente pálido.

—A Frank Carella —añadió éste—. Y Carella soy yo.

Por un instante, los ojos asustados del hombre relucieron. Pero volvió a su actitud apagada inmediatamente.

—No sé de qué me habla...

—Está bien, comprendo sus precauciones y recelos. Un hombre en sus circunstancias debe ser precavido. Pero póngame a prueba y le demostraré que soy americano y que recibí el telegrama que usted entregó a: Hans...

Horts titubeó. Una sombra esperanzada aleteó en su semblante, pero pronto volvió a sus temores.

—He sabido que me buscaban ustedes —dijo—. Era sólo cuestión de tiempo el que lograsen localizarme... Bueno, ya me han encontrado, de modo que no es preciso todo esto. Interróguenme y hagan todo lo que quieran. No diré nada.

Impaciente, Frank soltó un seco juramento.

—Está bien, usted me toma por un policía de Ulbricht. No le culpo... quizá yo en su lugar obraría de idéntica forma. Usted ha visto a Hans hace poco. Sabe que él no ha sido molestado ni detenido, por lo cual no han podido arrancarle nada respecto al telegrama. No obstante, yo sé el texto de memoria. ¿Sería eso suficiente prueba para usted?

—No sé...

Carella recitó palabra por palabra el contenido del telegrama, incluso la firma encabezada por la H. de Harry. Al terminar masculló:

—Si no es capaz de convencerle a usted creo que deberé mostrarme más rudo que hasta hora para obtener resultados.

—Reconozco que nadie más podía conocer ese texto... ¿Cuál es su verdadero nombre?

—Frank Carella, pero he tomado parte en el recorrido turístico con un nombre supuesto. Es con ese nombre falso que me han anotado los *vopos* del control.

—Ya veo... Pero si no es usted policía debemos marcharnos de aquí ahora mismo. Me han avisado que van a detenerme.

—Bien, podrá largarse tan pronto haya respondido a dos preguntas. Primera, ¿quién le dio el telegrama para ponerlo en el otro sector, el propio Kern?

—¿Usted conocía a Kern realmente?

—Fuimos grandes amigos en otro tiempo.

—Que sea lo que Dios quiera... Sí, Kern me entregó el texto y la dirección.

—¿Le acompañaba una muchacha?

—Sí... era tan rubia como él.

—Ahora comenzamos a entendernos. He venido *en* busca de esa chica para llevármela de aquí. Usted puede ayudarme a encontrarla, Horts.

Éste sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Se equivoca. Ella huyó cuando Kern fue muerto.

—Pero debe estar escondida en alguna parte. No puede valerse sola si están buscándola por todas partes, de modo que precisa la ayuda de cómplices para subsistir. ¿Quiere usted que siga viviendo con esa angustia constante, cuando yo puedo llevarla al Sector Occidental, y de allí a América?

Horts sacudió la cabeza.

—No sé nada más. Le he dicho demasiado ya... Voy a recoger algunas cosas para marcharme de aquí.

—¿Adónde piensa ir?

—No lo sé...

Se dirigió a una habitación interior. Carella le siguió.

—Escuche, Horts; estoy dispuesto a emplear la violencia para obligarle a decírmelo. Necesito encontrarla, ¿entiende? Su actitud es absurda.

No obtuvo respuesta. Justo en aquel momento llamaron a la puerta. Karl Horts quedóse inmóvil, escuchando. Sus manos comenzaron a temblar violentamente.

Carella gruñó:

—¿Cree que es la policía?

—Casi lo afirmaría...

—Asegúrese.

Horts anduvo hacia la puerta con el mismo paso de un condenado aproximándose al cadalso. Su voz se quebró lastimosamente al preguntar:

—¿Quién está ahí?

—¡Abra la puerta! Policía.

Retrocedió como si acabasen de golpearle. Con voz apremiante, Frank preguntó:

—¿Hay alguna otra salida de esta ratonera?

—Ninguna... sólo la puerta.

—Es todo un panorama. Usted conoce las costumbres de esta gente, Horts. ¿Cuántos policías intervienen en una detención como ésta?

—Por regla general cuatro, aunque uno o dos se quedan en el coche, o vigilando la entrada de la casa...

—De modo que ahí fuera debe haber un mínimo de dos tipos, ¿eh?

Los golpes en la puerta se repitieron. La voz seca y autoritaria gritó:

—¿Quiere que echemos la puerta abajo? ¡Abra!

—Déjelos entrar —gruñó Carella, sacando la potente «Magnum». Y añadió—: Lamento no haberme traído el silenciador...

—¿Cree que podrá luchar contra ellos?

—Usted límitese a abrir la puerta y dejarles que entren. Lo demás corre de mi cuenta.

—Está loco... completamente loco. Nadie se ha atrevido a enfrentarse a la policía política...

—Entonces, ya va siendo hora de que alguien lo haga. Abra o armarán mucho más escándalo. Pero tan pronto ellos hayan entrado usted Colóquese fuera de la línea de tiro.

Horts se acercó lentamente a la entrada, donde los golpes arreciaban.

—Ya voy, ya voy —tartamudeó.

Descorrió el cerrojo. Dos hombres vestidos de paisano se precipitaron al interior. Empuñaban pistolas automáticas y ambos quedaron un poco frustrados al ver al insignificante y desarmado hombrecillo.

—¿Usted es Karl Horts? —preguntaron.

—Ése es mi nombre... ¿Por qué me buscan?

—Eso se lo explicarán en las Oficinas de Seguridad del Estado. Acompáñenos.

—Pero he de preparar algunas cosas... no puedo irme con las manos desnudas...

Los dos policías guardaron sus armas. Uno de ellos masculló:

—Llévese los útiles de aseo personal, es cuánto va a necesitar durante una larga temporada. Andando.

Le siguieron al interior. Horts sentía que sus piernas flaqueaban. Cruzó el umbral de la salita y se echó a un lado. Cuando los dos policías descubrieron a Carella y su impresionante pistola automática no pudieron hacer ni un movimiento, paralizados de estupor.

Carella les espetó:

—¡Levanten los brazos, pronto! Unan las manos detrás de la nuca...

Durante unos segundos de insoportable tensión, aquellos dos hombres dieron la sensación de que iban a desafiarle, pero al fin ambos obedecieron. Carella hizo una seña a Horts.

—Quíteles las armas, pero hágalo dando un rodeo y desde detrás de esa pareja de bastardos.

Como si no pudiera con su alma, Horts obedeció, despojando a los policías de las pistolas que habían guardado en los bolsillos.

—Tírelas al rincón, o a la basura. Dese prisa.

Miró a los sorprendidos policías. Les dijo, dubitativo:

—Ustedes acaban de crearme un buen problema, «camaradas».

Me pregunto cómo podré ponerlos fuera de circulación...

El más joven de los dos dijo:

—¿Podemos bajar los brazos ahora que ya nos han desarmado?

—Bájenlos. ¿Cuántos compañeros suyos hay en el coche, esperándoles?

—Dos más. Nunca conseguirán salir de aquí vivos.

—Eso queda por ver todavía.

Bajaron los brazos y se quedaron inmóviles, mirando fijamente a Carella. Uno de ellos masculló:

—Supongo que sabe lo que está haciendo, porque cuando caiga en nuestras manos no tendrá defensa posible.

—Cualquiera diría que les preocupa mucho a ustedes la vida de sus víctimas.

El más joven de los policías inició un gesto de impaciencia.

Fue una demostración de rapidez y agilidad de movimientos, por cuanto Carella no pudo ver cómo extraía la pequeña automática de una funda colocada bajo el brazo. Fue lo mismo que un truco de prestidigitador.

Ya con la pistola empuñada, el joven policía giró el brazo para disparar contra Frank. Ni siquiera pudo apretar el gatillo. Carella tenía la «Magnum» lista para hacer fuego desde un principio y no vaciló ni medio segundo en hacer uso de ella.

El ronco bramido del arma hizo retemblar las paredes. Fue un estampido ensordecedor dentro del reducido espacio. El agente de la policía política dio un brinco, retorciéndose sobre sí mismo. La pistola escapó de su mano y al fin se desplomó igual que un muñeco.

Su compañero no hizo el menor movimiento, demostrando así que era mucho más prudente que el caído, pero también porque quedó inmovilizado por el estupor. En su cerebro moldeado para seguir sólo una línea determinada no cabía el hecho de que un tipo

cualquiera se atreviese a matar a uno de ellos, un miembro del temido cuerpo al que pertenecían...

—¡Échese al suelo de bruces, rápido! —le espetó Carella.

Se dejó caer, mientras Horts asomaba la cabeza por la puerta de su cuarto. Frank no podía perder tiempo. Inclinandose, descargó un tremendo culatazo en la nuca del otro policía y se enderezó.

—¡Debemos darnos prisa, Horts! —exclamó—. Los otros deben haber oído el disparo. Recoja esas pistolas y sígame.

—Nunca escaparemos de aquí...

—¡Ya lo creo que saldremos! Todavía no he terminado con usted.

Abrió la puerta. Pesados pasos subían precipitadamente las escaleras. Y no había más salida que aquellas mismas escaleras.

El primero de los que llegaban desembocó en el rellano como una tromba, armado también de una pistola automática de fabricación rusa. Ni siquiera tuvo ocasión de utilizarla. Murió con una bala atravesándole el pecho, mientras el nuevo estampido se extendía por todo el edificio como un trueno interminable.

Carella salió al pasillo de un salto, aplastándose contra la pared del otro lado. Pero los pasos del otro guardia de paisano se habían detenido en la escalera. Frank avanzó pegado a la pared. Pasó por encima del corpachón derribado y se paró junto a la escalera. No oyó nada. El otro debía contener hasta la respiración, y en el edificio reinaba un silencio absoluto, como si fuera una casa deshabitada. Aquella gente había aprendido a mantenerse alejados de los conflictos con la policía.

Arriesgándose a recibir un balazo, Frank asomó la cabeza intentando localizar al último enemigo que quedaba. Sonó un seco estampido y una bala desportilló el ángulo de la pared, a dos pulgadas de su cara.

Se apartó precipitadamente. Detrás suyo, Horts balbució una imprecación y repitió:

—No saldremos vivos de aquí...

Entonces, los pasos en la escalera se reanudaron, pero alejándose. El último enemigo se retiraba en busca de la seguridad que le ofrecía la calle, y su coche...

—¡Va a pedir ayuda por radio! —exclamó Horts.

Carella dejó escapar una maldición y precipitóse escaleras abajo saltando los peldaños de cuatro en cuatro. Consiguió ver fugazmente al fugitivo y le mandó un balazo, pero la precipitación hizo que fallara el tiro.

Siguió saltando los escalones acuciado por la urgencia de impedir que el policía pudiera pedir refuerzos. Si lograba llegar al coche y parapetarse en él podría bloquearles la salida hasta que llegaran sus camaradas.

Llegó abajo justo cuando el hombre abría la portezuela del negro coche estacionado frente al portal. Se detuvo y sin apuntar disparó.

El hombre se detuvo en su movimiento de entrar en el coche. Se puso rígido tras golpear la carrocería. Un segundo disparo le arrojó a un lado, muerto.

Frank vio que Horts estaba detrás suyo, pálido como un cadáver.

—¡Al coche! —exclamó—. Es nuestra oportunidad, porque cuando descubran lo que ha pasado aquí se desencadenará el infierno.

Tuvo que empujar a Karl Horts casi con violencia para que entrara en el potente vehículo. Después, lo lanzó por la desierta calle huérfana de tráfico y de la cual habían desaparecido los peatones.

Horts no cesaba de lamentarse en voz baja. No le hizo caso y condujo hábilmente por las calles que desconocía, sólo para despistar a un posible perseguidor.

Al fin, redujo la velocidad y suspiró.

—Lo conseguimos, Horts. Ahora seguiremos hablando usted y yo.

—Nos cazarán muy pronto. Yo sé cómo actúan, amigo. Y los rusos van a meterse en esto a partir de ahora...

—Bueno, usted límitese a ayudarme y tal vez consiga sacarle de esta zona. Ahora debemos ocuparnos de abandonar este coche cuanto antes.

Siguió conduciendo hasta encontrar un callejón a espaldas de una gran fábrica. Manejó con cuidado y estacionó el vehículo.

Se oían sirenas por todas partes. Carella sonrió torbamente.

Se dijo que aquello solo había empezado...

CAPÍTULO VII

LA HUIDA

Anduvieron por calles poco concurridas. Todo el mundo parecía tener prisa. Nadie se fijó en ellos durante el primer cuarto de hora de marcha.

Carella se detuvo en una esquina. Frente a donde se encontraba había un gran edificio gris de nueva construcción. Un rótulo sobre la gran entrada pregonaba que estaba dedicado a servir de sede al sindicato del Estado.

Karl Horts, esforzándose por dominar el temblor de sus miembros, masculló:

—Le aseguro que no tenemos escapatoria. Nos cazarán como a perros rabiosos.

—Los perros rabiosos muerden. Y deje de lamentarse. Podría estar en peor situación de la que se encuentra. ¿Dónde estamos ahora?

—En el centro del infierno —balbuceó el hombrecillo—. ¿Qué se propone hacer, asaltar los Sindicatos?

—Todo lo que quiero es salir de la ciudad. Esto puede convertirse en una buena ratonera porque no sé el terreno que piso. ¿Cree que podríamos abandonar Berlín?

—Tal vez... ¿Tiene alguna idea concreta del lugar adonde se propone ir?

—Ni la más remota. Todo depende del sitio donde esté la muchacha.

El alemán apretó los labios, como si temiera hablar más de la cuenta. Carella lo advirtió, pero no hizo comentario alguno porque tenía preocupaciones más urgentes y acuciantes que resolver.

—Guíeme a los suburbios, no importa cuáles, ¿entiende? Quiero llegar a las afueras cuanto antes sin utilizar medios de locomoción públicos.

—Tenemos que andar un buen trecho... pero sé que es nuestra única probabilidad de vivir. Vamos.

Iniciaron nuevamente la marcha. El hombrecillo apresuradamente, Carella con largos y acompasados pasos. No obstante, al cabo de unos minutos Frank advirtió:

—Cálmese. No conviene que nos vean tan apresurados o sospecharán de nosotros hasta los gatos. Más despacio.

Quince minutos después, sus esperanzas comenzaron a afianzarse constantemente, nadie se había fijado en ellos dos.

El barrio que recorrían, evidentemente habitado por obreros de escasos medios económicos, era un conglomerado de edificios semejantes a cuarteles, rojizos y monótonos. Algunos niños jugaban en las aceras. Mujeres silenciosas se cruzaban con ellos como si no les vieran, ensimismadas en sus meditaciones.

Karl Horts gruñó:

—Ahí tiene parte del «paraíso» prometido. Mujeres tristes, uniformes, todas preocupadas por el mañana y sin seguridad alguna en el porvenir.

—Mire, no he venido para interesarme por la situación política de este sector. ¿Queda mucho recorrido todavía para encontramos fuera de aquí?

—Poco... ¡Eh, cuidado, fíjese!

Frank se detuvo en seco. Un *jeep* de la policía se había detenido en la esquina y los cuatro ocupantes parecían tomar posiciones alrededor del vehículo.

—¿Cree usted que nos han descubierto? —murmuró Carella.

—No, pero deben establecer controles en las salidas de la ciudad. Pronto habrán cortado todas las rutas de escape.

—Malditos sean —masculló Carella suavemente—. Trate de comportarse normalmente al retroceder. Vamos a buscar otra salida.

Dieron media vuelta simulando hablar animadamente entre ellos. Pareció que todo iba a salir bien al principio, pero a los pocos pasos oyeron un vozarrón autoritario que gritaba:

—¡Eh, ustedes, deténganse!

Carella pensó que lo mejor era tratar de llegar a la esquina, pero el asustado hombrecillo se dejó dominar por los reflejos y se volvió.

El oficial gritó:

—¡No se muevan!

Carella dio la vuelta ahogando un juramento. Vio al oficial y a un joven vopo avanzar por la acera. Ambos tenían la misma expresión ceñuda.

El vopo empuñaba una metralleta. El oficial llevaba una pistola al cinto.

Horts tartajeó:

—Sabía que nos cazarían... ¡Lo sabía! Nadie puede escapar de esta gentuza...

—Arrímese a las casas —ordenó Frank.

—¿Qué?

—Péguese a la pared —repitió, tenso—, y cuando empiecen los tiros eche a correr hacia la esquina. Espéreme, ¿entiende? Porque si trata de escapar sin mí le mataré sin vacilar.

—Creo que sin usted estaría perdido sin remedio... ¿Va a luchar contra todos ellos?

—¿Sabe usted de alguna solución mejor?

—No...

—Entonces haga lo que le digo.

Los dos policías habían llegado a unos seis pasos de ellos. Frank Carella dijo:

—¿Qué ocurre, teniente? Tenemos nuestros documentos en regla... Fíjese...

Metió la mano bajo la chaqueta. El oficial se detuvo llevándose la mano a la pistola.

—¡Quieto!

Carella sacó la mano con un movimiento centelleante. Instintivamente, disparó contra el vopo, porque éste era el más peligroso a causa de tener la metralleta en las manos. Su gran automática retumbó al tiempo que él saltaba a un lado.

El policía tuvo tiempo de apretar el disparador de su ametralladora, pero la ráfaga barrió el asfalto porque ya estaba desplomándose como un muñeco, con un gran boquete en la frente.

Carella dio de espaldas contra el muro. Por el rabillo del ojo distinguió al hombrecillo corriendo como un conejo asustado. Se desentendió de él y disparó dos veces seguidas contra el oficial, que ya había logrado extraer su pistola.

Sólo que no pudo usarla. La muerte ardió en su pecho tirándole de espaldas, de modo que pegó contra la acera y quedó inmóvil.

Los chiquillos que poco antes poblaban las aceras habían desaparecido. No se veía a nadie, excepción hecha de los otros dos policías, que desde el *jeep* comenzaban a disparar sus armas automáticas.

Carella retrocedió a saltos, mientras los proyectiles rugían por todas partes, rebotando en las fachadas y astillando los cristales de las ventanas bajas.

Cuando dobló la esquina casi tropezó con Karl Horts que, acurrucado, le aguardaba.

—¡Corra! —exclamó.

Iniciaron una carrera desesperada. Ambos esperaban oír a sus espaldas el tableteo de las metralletas y eso ponía alas en sus pies.

Habían llegado a mitad del bloque de viviendas cuando en el cruce de calles que tenían delante surgieron dos policías con las armas en la mano, atraídos por los disparos. Se detuvieron en seco al ver a los dos fugitivos y sus armas se elevaron disponiéndose a abrir fuego.

—¡Al portal, Horts! —gritó Carella.

Disparó una vez, cuando ya estaba saltando lateralmente. Su bala alcanzó a uno de los recién llegados, que cayó aullando lastimeramente.

El y el hombrecillo cayeron dentro de una entrada confusamente.

—Bien, nos han acorralado —rezongó Frank entre dientes.

Intentó asomar la cabeza, pero furiosas ráfagas le obligaron a retroceder apresuradamente.

—En ambas esquinas hay armas que nos esperan —gruñó—, sólo nos queda subir a las azoteas. Pida al cielo que tengamos suerte allá arriba, amigo, porque si no es así, su historia y la mía acabarán hoy. Pero antes...

Sacó la mano y disparó un par de veces, sólo para obligar a los otros a actuar con lenta prudencia. Inmediatamente se lanzó escaleras arriba en pos del alemán.

Durante toda la subida no oyó ni un murmullo en ninguno de los pisos.

La puerta de la azotea estaba cerrada, pero no resistió al furioso puntapié que le descargó Frank. Salieron al exterior cuando ya en la escalera se oía el tumultuoso tropel de policías que subían.

Volvió atrás y asomó la cabeza precavidamente. Vio al primero de ellos y le metió una bala en la cabeza. El hombre abrió los brazos y rebotó hacia atrás, derribando a sus compañeros que le seguían de cerca, con lo que se originó una gran confusión envuelta en gritos e imprecaciones.

Carella corrió otra vez. Saltaron los muros divisorios de los terrados alejándose de la casa por la que habían subido. Todas las puertas que encontraban a su paso estaban cerradas con llave. La situación estaba convirtiéndose en desesperada por momentos.

Al fin llegaron a las casas correspondientes a la calle opuesta a aquélla por la que habían entrado. Asomándose, Carella distinguió las desiertas aceras y el *jeep* policíaco con un vopo junto a él, mirando receloso a su alrededor.

—¡Veamos esa puerta! —gritó.

En aquel instante, una ráfaga retumbó y las balas repicaron precisamente contra la puerta que intentaban alcanzar. Ambos hombres se arrojaron al suelo de cabeza. Carella se maldijo por aquel descuido. Debía haber tenido en cuenta a los primeros perseguidores, cuando éstos alcanzasen la salida a la azotea. Si hubiese derribado a éstos los demás lo hubieran pensado dos veces antes de asomar las narices...

—Arrástrese... abriré la puerta con una bala... Y una vez en las escaleras, bájelas aunque sea de cabeza.

—Pero ¿y el policía del *jeep*?

—Ése no es más que uno.

Se incorporó poco a poco. Antes que le descubrieran pudo mandar otra bala a sus seguidores, deteniéndoles en sus ejercicios de saltar de una azotea a otra.

—¡Está abierta! —jadeó Horts.

Frank volvió la cabeza. Efectivamente, la ráfaga de los policías había roto la cerradura.

—¡Abajo!

Esperó a que el hombrecillo desapareciera antes de arrastrarse hacia allí. Los guardias vieron moverse aquella puerta y empezaron a disparar furiosamente contra ella, convirtiéndola en una criba.

Sólo que sus disparos, a causa de los muros de separación que dividían los bloques, no podían alcanzar más abajo de la cerradura, con lo cual Carella consiguió encontrarse a cubierto sin ser alcanzado una sola vez...

Karl Horts corría dos pisos más abajo. Saltando los peldaños de tres en tres, Carella le siguió sin preocuparse más de los que quedaban arriba.

Horts se detuvo en el zaguán.

—¿Y ahora qué? —balbució.

—Ahora...

Salió a la acera. A cierta distancia, el vopo que permanecía junto al *jeep* se volvió como una centella. Encajó la bala antes que terminase el movimiento y rebotó contra la carrocería del vehículo.

Frank disparó una vez más, ésta contra un neumático del coche, reventándolo.

—Ahora, Horts, nos quedan las piernas —dijo.

Y empujó al hombrecillo calle abajo.

No se distinguía un alma en ninguna parte. Sus pasos, en la acera, repercutieron en el silencio, mientras a sus espaldas quedaba la confusión y la muerte. Para cuando los otros llegasen a la calle, después de bajar las escaleras con precaución, Carella calculó que estarían a suficiente distancia como para sentirse más o menos seguros.

—Si no tropezamos con todo un ejército —refunfuñó, reduciendo un poco la marcha.

—¿Qué? —jadeó el hombrecillo.

—Nada, siga adelante.

Dejaron de correr. Horts gimió:

—Si salgo con vida de esto, amigo, padeceré del corazón el resto de mis días.

—Ahorre el aliento por si le es más necesario después. ¡Y no trate de correr! —exclamó—. Ya hemos llamado demasiado la atención. Otra cosa, maldita sea su estampa... ¡No vuelva la cabeza a cada paso!

Horts le miró atemorizado. Luego asintió con un gesto.

—Tiene razón, por supuesto. Soy un estúpido...

—¿Usted? Si quiere saber mi opinión, es demasiado listo... Un estúpido no hubiera estado trabajando contra esta gente tanto tiempo sin ser apresado.

—Me hubieran capturado a no ser por usted, amigo.

—Bien, basta de charla. Seguimos buscando una salida y a usted le corresponde guiarme.

—Sí... creo que lo conseguiremos. Hay un canal cerca de aquí. Lo tendrán bloqueado, pero no creo que vigilen el camino privado que discurre a poca distancia del canal...

Frank Carella suspiró. Estaba impaciente por detenerse en un lugar discreto y renovar la provisión de cartuchos de su pistola

automática, por cuanto calculaba que debía estar vacía, pero no se atrevió a detenerse todavía.

Sabía que la muerte no había cesado de rondar en torno suyo...

CAPÍTULO VIII

SINFONÍA CAMPESTRE

Se notaba una extraordinaria agitación entre las fuerzas policíacas. Coches de todas clases, incluso militares, cribaban la ciudad en busca de los fugitivos. Era una operación en gran escala que mantenía en vilo a la población.

No obstante, los dos perseguidos ni siquiera se encontraban en las calles, debido a que habían conseguido abandonar el núcleo urbano y dejar atrás todo aquel ajetreo.

Frank Carella, ceñudo, miró a su compañero antes de espetarle:

—Y ahora, ¿cree de una maldita vez que no soy un policía de *herr* Ulbricht?

—No tengo más remedio que creerlo. Lo que ha hecho usted no lo había intentado nadie hasta ahora... Nadie se había atrevido a resistirse a los todopoderosos policías del Estado... Excepto Kern contra los vopos y los dos comisarios rusos, creo que nadie se había arriesgado nunca a plantarles cara.

—Bueno, esperemos que cunda el ejemplo. ¿Tiene usted alguna idea sobre un lugar donde refugiarnos por el momento?

—Sí, creo que podremos escondernos por unas horas... Pero está lejos de aquí, en pleno campo.

—Muy bien, iremos allá. Ahora, vamos a aprovechar el tiempo, Horts. ¿Cómo se llama la muchacha que acompañaba a Kern?

Tras una ligera vacilación, el hombrecillo murmuró:

—Olga Korov.

—Ese apellido no parece alemán.

—Ella es rusa.

Carella se detuvo en seco.

—¿Rusa?

—Sí. Kern se enamoró de ella. Es una buena muchacha. Sus padres murieron no hace mucho tiempo. No eran miembros del Partido, lo cual les señalaba como reaccionarios, de modo que excuso decirle las dificultades de Olga para desenvolverse sola... Si todo hubiera salido bien a estas horas estaría en América, casada con Kern...

—Ya veo... ¿La trajo con él desde Rusia?

—En efecto; y aún no he comprendido cómo lo consiguió.

Prosiguieron andando y durante unos minutos no cambiaron una palabra. Ya habían dejado atrás los últimos suburbios cuando Carella preguntó:

—Usted conoce el paradero de esa chica, ¿no es cierto?

—Sí, sé dónde está oculta. Se ha teñido el cabello, cambiando incluso su forma de vestir y de comportarse. Está en una granja.

—¿Es a esa granja adonde nos dirigimos?

—No, está demasiado lejos para llegar allí a pie. De momento nos refugiaremos en una vieja fábrica abandonada. Casi la totalidad de ella está en ruinas, pero hay una parte de las oficinas todavía de pie, con el techo a punto de derrumbarse... Allí estaremos seguros estas primeras horas de la persecución...

—¿Cuándo cree que podrá llevarme junto a la muchacha?

—Primero tenemos que solucionar el problema del transporte. No podemos tomar los autocares que cubren esa línea porque cuando hay alarma los revisan cada diez o quince kilómetros. Y no hay tren en las cercanías de la granja.

—Muy bien, descansaremos en esa fábrica de que habla y después nos ocuparemos de buscar algún medio de comunicación. No puedo perder tiempo o acabarían cazándome.

—¿Cómo piensa volver a cruzar el «muro» con la muchacha como equipaje?

Carella le lanzó una mirada de soslayo.

—Ya planearé algo —murmuró—. Generalmente, en esta clase de asuntos las cosas improvisadas suelen dar mejores resultados que las más rígidamente proyectadas...

—Comprendo. Ahora es usted el que no se fía de mí.

—No es desconfianza, pero si usted o yo caemos en manos de esos mastines que nos buscan, no cabe duda que tratarán de hacernos hablar por todos los medios. Cuanto menos sepamos, mejor.

El alemán no replicó. Pronto abandonaron la carretera, demasiado peligrosa, y se internaron por rutas secundarias, caminos con evidentes trazas de ser muy poco frecuentados.

Tal como Karl Horts dijera, la fábrica era un montón de ruinas por entre las que crecía la hierba. Al aproximarse a las derruidas paredes, una liebre salió disparada perdiéndose entre los matorrales.

Frank gruñó:

—Eso me recuerda que ya he perdido la cuenta de la última vez que comí algo...

Había un pabellón en mejor estado, aunque también el techo se había venido abajo. Horts meneó la cabeza.

—La última vez que estuve aquí el techo aguantaba todavía. Afortunadamente, no llueve. Aquí estaremos bien hasta que anochezca.

Se sentaron sobre los montones de cascotes. Carella sintió tentaciones de fumar, pero se abstuvo y para distraerse comentó:

—¿Cómo se siente sabiéndose buscado por la policía?

—No es una sensación agradable, por supuesto. Aunque sí excitante. Nunca imaginé que llegaría un día que yo sería tan importante.

—Siga tomándolo así y todo irá bien. Ahora, creo que saldríamos ganando si tratásemos de dormir un poco por turnos. Sólo Dios sabe

cuándo volveremos a tener oportunidad de cerrar los ojos.

—Ésa es una buena idea. ¿Quién es el primero?

—Usted. Yo necesito reflexionar. Le despertaré cuando desee descansar yo.

El alemán buscó un lugar cubierto de tierra, apartó algunos escombros y sin más ceremonias se tendió. Colocó las manos bajo la cabeza y cerró los ojos. Pocos minutos más tarde respiraba acompasadamente, durmiendo como un niño.

Carella le contempló durante unos segundos. Después se instaló en un rincón, con la espalda apoyada en la pared, y dejó transcurrir el tiempo con mal reprimida impaciencia.

* * *

La noche era oscura como un lago de tinta. No había luna y sólo el brillante fulgor de las estrellas iluminaba el negro cielo.

Horts sacudió a Carella por el hombro. El jefe de Los Justicieros abrió los ojos e instantáneamente estuvo despierto.

—Creo que es hora de salir de aquí —murmuró el hombrecillo.

—Sí; no debió dejarme dormir hasta tan tarde.

—Los dos estábamos agotados. Y nos esperan muchas dificultades todavía...

Abandonaron las ruinas de la fábrica encaminándose a la carretera. Repentinamente, Carella preguntó:

—¿Por qué hace usted eso, Karl?

—¿Por qué hago qué?

—Trabajar contra *herr* Ulbricht y su régimen.

—Bueno, como usted ha podido comprender no soy un hombre de acción. Detesto la violencia... pero hay ocasiones en que uno tiene que tomar sus propias determinaciones. Somos un país esclavo de Rusia, humillado hasta la vergüenza y algo hay que hacer al respecto. Además...

—¿Además qué, Karl?

—Mi hijo intentó huir al Berlín Occidental. Quería estudiar y ser libre, encauzar su propia vida a su gusto, sin imposiciones. Fue

asesinado cuando cruzaba las alambradas. Los vopos lo acribillaron.

—Comprendo. Lamento haberle hecho esa pregunta, Karl.

—Tenía usted derecho a hacerla, por supuesto. Mire, ahí está la carretera. Y ahora, ¿qué?

—Creo que alguien tendrá que llevarnos a ese lugar donde está la muchacha. A propósito, ¿ella le conoce a usted?

—Sí, claro que sí.

—Eso me tranquiliza, porque de lo contrario temo que yo solo no habría podido convencerla de que confiara en mí.

—Hay algo que no acabo de comprender, amigo... Usted ha venido desde Nueva York con el exclusivo objeto de llevarse a esa chica... Sin embargo, eso es absurdo si intenta hacerlo solo porque ella acompañaba a Kern cuando fue muerto por los vopos...

—Tenemos otras razones para haber iniciado este asunto. Las sabrá usted cuando hayamos abandonado este sector.

—De modo que está usted decidido a sacarme de aquí, ¿eh?

—No creo que me quede otra alternativa. A menos, claro está, que usted prefiera quedarse.

—¿Después de todo lo que ha sucedido? No, amigo; puedo estar un poco loco, pero no hasta ese extremo. Me iré con ustedes.

—Ahora debemos ocuparnos de evitar todo encuentro con las patrullas de vigilancia —decidió Carella, cambiando de tema—. Si conseguimos detener un coche quizá sus ocupantes quieran llevarnos hasta las inmediaciones de esa granja... ¿Qué distancia hay hasta ella?

—Unos cincuenta kilómetros. Está apartada de la carretera, pero puede llegarse perfectamente en coche.

—Bueno, entonces sólo nos falta el coche...

Acababa de hablar cuando aparecieron unos faros procedentes de la ciudad. Sobre los brillantes focos de luz relampagueaba intermitentemente un cono de luz roja.

—¡Una patrulla volante! —exclamó Horts, retrocediendo fuera de la carretera.

Carella le siguió de un salto. Permanecieron acurrucados hasta que el *jeep* de fabricación soviética hubo pasado, raudo, perdiéndose en la distancia.

—¿Cuántos hombres suelen ocupar estos vehículos?

Karl se rascó la coronilla.

—No lo sé con seguridad. A veces cuatro hombres y un sargento, otras un sargento, dos vopos y el conductor...

—De modo que podemos contar como mínimo cuatro...

—Eso es. ¿Por qué? No tendrá la descabellada idea de apoderarse del *jeep* de una patrulla...

—Reconocerá que sería una jugada maestra...

—¡Sería una estupidez! No podría enfrentarse a los cuatro simultáneamente con una pistola. Le llenarían de plomo antes que pudiera pronunciar una palabra.

—No si la decía en ruso, Karl.

—¿Qué?

—Acaba de ocurrírseme una idea. Los vopos sienten un santo temor por los comisarios soviéticos, ¿no es cierto?

—No les gustan en absoluto.

—Pero les obedecen.

—Igual que máquinas.

—Perfecto. Yo soy un comisario soviético, y usted mi intérprete, Karl. Cuando detengamos un *jeep* lo haremos en el cruce de carreteras que conduce a la fábrica abandonada. Yo hablaré en ruso, explicando que se nos ha averiado el coche y necesitamos ayuda. Usted traducirá mis palabras al jefe de la patrulla, a fin de confiarlos...

—¡Demonios! Yo no sé una maldita palabra de ruso, amigo mío.

—No hace falta, sabiendo por anticipado lo que tiene que decir. Todo lo demás correrá de mi cuenta.

Horts le miró con los ojos agrandados por el asombro.

—Me gustaría saber de dónde le sacaron a usted cuando le eligieron para esta misión. ¿Por casualidad, no estaba usted interno en un sanatorio mental?

Carella se echó a reír.

—Volvamos atrás —dijo—. Nos apostaremos en el cruce.

Tuvieron que aguardar más de media hora, tiempo que aprovechó para instruir a Horts sobre lo que esperaba de él.

Al fin apareció uno de aquellos relampagueantes faros rojos. Karl se colocó en medio de la carretera y agitó frenéticamente los brazos. Oyeron el rechinar de los frenos del ligero vehículo, que se detuvo a poca distancia del alemán. Un sargento se apeó sosteniendo un fusil ametrallador entre las manos. Un joven vopo saltó al suelo por el otro lado.

Carella avanzó al encuentro del sargento y comenzó a hablar rápidamente en ruso, en un tono que delataba un mal humor infernal.

El sargento miró, azorado, al silencioso Horth, quien dijo, cuando Carella interrumpió su frenética verborrea:

—Soy el intérprete del camarada Comisario, sargento. Mi nombre es Frohlich. Hemos tenido una avería y el camarada comisario necesita ayuda.

Calló. De nuevo, Carella soltó una larga parrafada en ruso. Sabía que no dominaba ese idioma lo suficiente como para engañar a un ruso, pero no era fácil que un sargento de vopos pudiera captar la diferencia de su pronunciación.

Intervino Horts explicando la supuesta situación de su coche, en la carretera que conducía a la fábrica. El sargento asentía de vez en cuando con enérgicos cabezazos.

—Podemos llevarles hasta donde tienen el coche —dijo, cuando Karl calló—. Si podemos arreglarlo ustedes podrán seguir el viaje, de lo contrario el camarada Comisario podrá viajar en el *jeep* hasta el puesto de control más próximo. Podrá pedir otro coche por teléfono.

Horts simuló que hablaba en voz baja con Carella. Éste asintió con un seco cabezazo y se encaminó al vehículo como si le perteneciera.

El y Horts se colocaron en el asiento posterior. De pie ante ellos se colocaron el sargento y un vopo. El otro iba al lado del conductor, todos ellos ocupados en sostenerse por encima de los baches y desigualdades del destrozado camino.

Llevaban recorridos apenas doscientos metros cuando el sargento refunfuñó, dirigiéndose a Horts:

—¿Qué estaban buscando por aquí? Esto no es más que un páramo.

Carella sonrió en la oscuridad. Empuñó la «Magnum», apretándola contra la espalda del sargento.

—Andábamos a la caza de conejos —dijo con soma—. Levante las manos y nada de tonterías.

Quedaron petrificados. Instintivamente, el chófer detuvo el vehículo y volvió la cabeza.

—Que nadie mueva ni un dedo, muchachos, porque estoy impaciente por disparar. Dejen sus armas en el suelo con mucho cuidado... Así está bien. Quítales las pistolas, «camarada Frohlich».

El alemán rió en la oscuridad y aligeró de ese peso a los cuatro hombres.

—Ahora, abajo; y si alguien está impaciente por morir no tiene más que intentar escapar. Quítense los uniformes.

Obedecieron sin chistar. Había un tono imperioso en aquella voz que no admitía réplica.

Cuando se hubieron despojado de la guerrera y los pantalones, Frank hizo una seña a Karl.

—Convierte todo esto en tiras. Vamos a atar a nuestros amigos, para que puedan justificarse ante sus amos. Date prisa.

Karl rasgó las prendas. Después, empuñó él la pistola, mientras Carella ataba a los vopos, dejándoles convertidos en cuerpos inertes, incapaces de hacer ningún movimiento.

—Bueno, ahora la última parte —dijo.

Cargó a los aterrados guardianes del orden estatal en el *jeep*, amontonándolos en el compartimiento trasero. Karl los vigiló mientras él condujo hacia las ruinas, donde detuvo la marcha.

—Pasajeros a tierra —comentó Horts.

Los cuatro vopos fueron abandonados entre los cascotes, sólidamente amarrados e inmovilizados. Carella gruñó, antes de apartarse de ellos:

—Espero que alguien los encontrará antes que se mueran de hambre. Vámonos, «camarada intérprete».

Ni una vez había pronunciado el nombre de Horts delante de sus prisioneros. No le interesaba que cuando fuesen descubiertos pudieran informar de sus nombres verdaderos.

Emprendieron el viaje a bordo del *jeep*, cargados además con los fusiles ametralladores y las pistolas de la patrulla. Carella dijo:

—Ahora es usted quien guía, Karl, así que no se equivoque.

—Siga la carretera. Ya le indicaré dónde debe abandonarla. ¿Quiere creer que jamás me había divertido tanto como esta noche? Es usted un tipo formidable, palabra. A mis años y corriendo estas aventuras... Nadie lo creería.

—Lo que importa es terminar este lance... vivos, de modo que no se entusiasme todavía.

Siguieron rodando sin ningún tropiezo más. Frank estaba impaciente por encontrar a la muchacha y salir de aquel sector endiablado donde cualquier cosa podía suceder... y generalmente ocurría.

CAPÍTULO IX

OLGA

La granja era pequeña y estaba situada a dos kilómetros de la carretera por la que había rodado durante más de media hora. Cuando Frank detuvo el *jeep* y apagó las luces, la oscuridad les envolvió por completo. No había ni una ventana iluminada en ninguno de los edificios que tenían delante.

—Van a llevarse un buen susto si nos han oído llegar.

—Seguro que nos han visto —afirmó Horts—. Déjeme ir delante para que me reconozcan.

Se acercaron al edificio principal, con el alemán andando unos pasos delante de Carella. De repente, una voz surgió de la oscuridad.

—¿Quién anda ahí?

—Soy Karl Horts, Grossman. Abre la puerta.

—¿Horts? Acércate para que te vea. El coche era el de una patrulla...

—Seguro. Es un *jeep*. Vamos, date prisa.

—No corras tanto. ¿Quién es el que te acompaña?

—Vas a llevarte una buena sorpresa, Grossman. Ese hombre ha venido del otro lado del mar. Es de confianza. ¿Quieres abrirnos de una maldita vez?

—Espera un momento...

No sucedió nada durante casi cinco minutos. Carella comenzaba a impacientarse cuando una puerta chirrió y un rectángulo de luz se desparramó por las baldosas del patio.

El hombre que les franqueó la entrada había dejado atrás los sesenta años, pero se conservaba fuerte y erguido. Su cutis era pálido y su mirar firme y brillante. Escrutó a Carella cuando éste se introdujo en la casa. Karl gruñó:

—Deja de preocuparte, viejo chivo. Es de confianza.

—Sólo tengo tu palabra. ¿Quién es?

—No esperes que te de su verdadero nombre. Viene de Nueva York para sacar a Olga de aquí.

El hombre quedó mudo por efectos de la sorpresa. Luego se acercó a Frank, examinándole muy de cerca. Durante unos largos instantes sus miradas se encontraron en un mudo desafío. Finalmente, Carella dijo:

—Ya basta. Desde que estoy jugándome el cuello a este lado del muro pierdo más tiempo disipando recelos que haciendo algo constructivo. ¿No es suficiente que Karl me garantice?

—Debemos tener mucho cuidado. También nuestros cuellos están en juego. Y me sorprende que se hayan tomado ustedes tantas molestias y riesgos para sacar a una chica de este país... ella no es nadie importante...

—Lo es para nosotros. Además, yo era amigo de Kern. Quiero hacer algo para vengarlo y creo que esto es lo mejor.

—¿Usted conocía al Rubio?

—¿Así le llamaban ustedes?

El viejo sonrió.

—A él le gustaba. Estuvo varias veces aquí, con fugitivos que esperaban su oportunidad de marchar... Llevó a muchos al otro lado, antes de irse por un año. Luego, cuando regresó, no pudo cruzar él...

—Fue lamentable. Y ahora, ¿podría hablar con la muchacha a solas?

—Le diré que baje... Estaba acostada...

Esperaron. Frank gruñó:

—¿Es que no hay nadie más en la granja, excepto ese viejo?

—Sí, hay más gente, pero no se dejarán ver por usted. Corren riesgos enormes para ayudar a los fugitivos. Todas las precauciones son pocas, compréndalo...

El granjero reapareció seguido por una muchacha de negra cabellera y singular belleza. Carella la examinó con curiosidad. Era muy joven, apenas habría cumplido los veinte años. Tenía unos hermosos ojos azules, un cutis de seda y unos labios suaves. Su cuerpo, oculto por una bata deforme, debía ser joven y bien moldeado a juzgar por lo poco de él que podía adivinarse.

La vio cómo se le acercaba con los ojos brillantes de lágrimas retenidas. Sin que nadie tuviera que decírselo, Karl y el granjero los dejaron solos.

Hubo un largo silencio entre los dos, mientras permanecían uno frente al otro estudiándose mutuamente.

—De modo que usted era la novia de Harry —murmuró Carella

—. ¿Me permite que examine su cabello?

Había hablado en ruso y notó cómo ella se estremecía. Luego, se sorprendió cuando la muchacha dijo:

—Hablo inglés. Harry me enseñó.

—Magnífico.

—Quiere comprobar si mi cabello es teñido, ¿no es cierto?

—Eso es. He de asegurarme antes de hacer nada más.

Ella se acercó, dócil, e inclinó la cabeza ante Frank. Éste buscó las raíces de los cabellos y ya no le cupo duda alguna respecto al cambio de color.

—Muy bien, creo que ahora podemos hablar usted y yo.

—¿Es cierto que ha venido únicamente para llevarme con usted?

—Así es.

—Pero yo no soy tan importante...

—Lo es para mi país. Harry intentaba pasar un importante informe cuando cayó acribillado. No le encontraron nada encima, de

modo que forzosamente debía tenerlo usted. Ese informe ha hecho que alguien me diera la orden de rescatarla.

—Comprendo...

—No empiece a tener ideas extrañas, pequeñas. Si hubiese dependido de mí hubiera venido igualmente solo por usted, aunque no hubiera sido más que para terminar lo que Harry empezó.

—Usted es como él —dijo de pronto—. Yo no sabía comprenderlo... Me desconcertaba, pero a su lado experimentaba una gran paz, una seguridad infinita... Ahora siento lo mismo.

Un tanto turbado Carella carraspeó. Luego quiso saber:

—¿Sabe que Harry me mandó un telegrama a Nueva York por medio de Karl?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo, fue una especie de mensaje acaso?

Ella asintió con un gesto. Luego explicó:

—Harry temía que nos vigilaran. Había el peligro también de que el mensaje fuera interceptado, y si la policía estatal encontraba que iba dirigido a un organismo oficial americano todo se descubriría. Por eso pensó en usted, confiando en que si las cosas salían mal quedase esa pista para encontrar lo que tanto importaba salvar.

—Pero ese telegrama no significaba nada de particular para mí. Debí utilizar una clave que desconozco. De no haberse salvado usted, dudo que alguna vez hubiese podido obtener eso tan importante.

—Utilizó una clave, pero él estaba seguro que usted la comprendería fácilmente... dijo que ya la habían utilizado entre ustedes dos, durante sus cursos en la Universidad...

—¡Condenación! —estalló Frank—. Qué estúpido he sido...

Ella sonrió. Todo su rostro pareció llenarse de luz. Frank sintió un estremecimiento.

Y entonces, Olga susurró:

—¿Cree que me permitirán quedarme en su país, señor?

—Llámemme Frank, eso es suficiente. No me cabe duda. El «Viejo» lo arreglará todo sin dificultad.

—¿El viejo?

—Bueno, ya lo conocerá usted. Tiene un nombre, por supuesto, y de vez en cuando le gusta que lo utilicemos. ¿Cuándo estará usted dispuesta para marchar?

—Sólo he de cambiarme de ropas... Supongo que no podré llevarme nada.

—Sólo el mensaje de Harry.

Ella abatió la cabeza.

—Se lo daré a usted... ahora —dijo, dando media vuelta y encaminándose a las escaleras.

Carella la vio irse con el desconcierto pintado en sus pupilas del color del acero. Y de repente comprendió, y sintió una gran simpatía por aquella chiquilla que, a sus veinte años, era capaz de tener semejantes reacciones.

Cuando Olga regresó le tendió un librito de tapas de cuero. Carella pasó rápidamente las páginas. Estaban abarrotadas de inscripciones en clave.

Ella susurró:

—Una copia fotográfica de cada página está escondida en el sitio que Harry le dijo en su telegrama. Un lugar del Berlín Oriental, por supuesto. Pero él dijo que usted no vacilaría en entrar a este lado del «muro» para terminar lo que él había empezado.

—De modo que dijo eso, ¿eh? El muy loco...

La miró al fondo de los ojos. Vio la humedad de las lágrimas, la tremenda incertidumbre que latía en lo más profundo de las azules pupilas, y sonrió.

—De modo que ha querido darme facilidades para que me pusiera a salvo sin usted, pequeña —dijo entre dientes—. Me ha entregado el librito para probarme...

—No...

—Sí, linda, no puede engañarme.

Ella desvió la mirada.

—Tiene más posibilidades de cruzar el «muro» un hombre solo —confesó al fin con voz rota—. Harry fracasó por mi culpa... no

quisiera que la terrible historia se repitiera ahora con usted...

—No diga tonterías. No me iré sin llevarla conmigo. Creo que Harry se me aparecería por las noches si no cumplía bien sus deseos. Sólo que esta noche ya es demasiado tarde para intentar nada. Habrá que esperar a mañana.

—Entonces, ¿va a llevarme con usted?

—Por supuesto que sí.

Ella ya no pudo retener las lágrimas por más tiempo. Retrocedió y dejóse caer sentada en una silla, cubriéndose la cara con las manos.

Apurado, Carella trató de encontrar palabras con que calmarla, pero fracasó en su intento. Se acercó a ella y murmuró solamente:

—Mañana por la noche será usted libre, pequeña. Y dentro de dos días estará en Nueva York, aunque quizá salga perdiendo con el cambio. Aquello es un manicomio desatado...

—Harry quería que... que...

—Olvídelo. Todo lo que él deseaba era verla a salvo y yo me encargaré de eso. Ahora puede acostarse de nuevo y descansar. Le esperan a usted unos días muy agitados.

Se levantó, deteniéndose junto a Carella, quieta, respirando agitadamente.

—Yo... yo no quería que mi hijo naciera aquí. Es hijo de Harry también... él... él ansiaba que fuera de su misma nacionalidad... Y yo igualmente.

—¡Diablos! No sabía...

Ella sonrió.

—Mi hijo será libre... nacerá ya libre...

Se empinó sobre las puntas de sus pies y sus labios rozaron los de Carella. Luego, dio media vuelta y desapareció escaleras arriba.

—¡Que me ahorquen! —Gruñó Frank entre dientes—. Un niño...

Maquinalmente, guardó la libretita en un bolsillo. Dio una voz y Karl entró, acompañado del granjero. Carella pareció volver a la realidad.

—Es preciso hacer desaparecer el *jeep* —dispuso—. ¿Creen que podremos quedarnos aquí hasta mañana noche?

—Hay sitio para todos.

—¿Y en el caso de que las patrullas registren las granjas? No van a darse por vencidos después que encuentren a sus hombres amarrados como momias en las ruinas.

—Les esconderemos a ustedes si es preciso. Pero ¿está seguro que mañana será prudente intentar cruzar la frontera? Con los últimos acontecimientos que me ha contado Karl podemos dar por seguro que redoblarán la vigilancia.

—No importa. Pasaremos mañana.

El granjero se encogió de hombros. Karl dijo:

—Nos han preparado algo de comer. Después podremos descansar.

—Pero ¿y el *jeep*?

—Ellos se encargarán de quitarlo de en medio. Hay un profundo lago a dos millas de aquí...

Carella suspiró.

—Perfecto. En ese caso ya sólo nos resta esperar... Ah, Karl, no olvide guardar uno de los fusiles ametralladores y la munición de los demás. Quizá lo necesite al final.

—Ya había pensado en eso. ¿Qué le parece, cenamos?

Resultaba una invitación absurda dadas las circunstancias. Pero Carella reconoció que pocas veces en su vida había deseado tanto una cena como aquella noche...

CAPÍTULO X

HORAS DE ANGUSTIA

A las nueve de la mañana siguiente les llegó la noticia, por medios que Carella no comprendería jamás.

—Los vopos están registrando todas las granjas de la región — anunció el viejo Grossman—. No tardarán en llegar aquí.

Carella apretó las mandíbulas.

—¿Queda algún rastro del *jeep*?

—En absoluto. Nadie lo encontrará en el fondo del lago.

En aquel instante oyeron el rítmico zumbido de un helicóptero. Frank dio un salto hacia una ventana. El aparato volaba rozando las copas de los árboles. Pudo distinguir perfectamente los uniformes de sus ocupantes, y los prismáticos con que uno de ellos escrutaba la tierra.

—Un poco más y movilizan al ejército con tanques y aviación — rezongó—. ¿Dónde podemos escondernos hasta la noche, Grossman?

—En el sótano. Por mucho que registren jamás descubrirán la entrada.

Carella dio un último vistazo al helicóptero antes que éste desapareciera más allá de la arboleda. Luego dio media vuelta, disponiéndose a seguir al granjero y a Karl, que le esperaban.

Entonces apareció Olga en la escalera. Vestía una blusa que realzaba sus pequeños y firmes senos, y unos pantalones ajustados, negros, que la mondeaban con detalle.

La muchacha susurró:

—No quiero que los vopos me vean... iré con ustedes.

—Muy bien, apresúrese.

Bajaron a una húmeda bodega. Sacos vacíos se amontonaban a un lado. Una gran cuba para vino estaba adosada a una pared. Más allá la oscuridad impedía distinguir los detalles.

—La cuba cubre la trampa del sótano. Ni durante la guerra pudieron descubrirlo...

Rodearon el gran recipiente de madera. Sólo cuando estuvieron junto a la pared, Frank descubrió una ligera hendidura en el muro, como una grieta producida por los años y cubierta de telarañas. Grossman sonrió, metió la mano en ella y la cuba se desplazó suavemente hacia adelante casi un metro. En el suelo había una trampa, y al ser ésta abierta, vio unas oscuras escaleras que se hundían en la tierra.

—Encontrarán un interruptor al final de la escalera. Hay una luz al fondo, después del recodo, de modo que en ninguna circunstancia puede alumbrar hasta las cercanías de la escalera. Cuando la cuba vuelva a ocupar su lugar estarán ustedes completamente a salvo.

Karl, cargado con un paquete conteniendo bocadillos y una botella de vino, fue el primero en hundirse escaleras abajo. Frank le siguió, sosteniendo la mano de la muchacha. Sobre sus cabezas oyeron el rumor de la cuba al deslizarse de nuevo para ocupar su posición original.

Cuando encendieron la luz vieron unas desnudas paredes de tierra, algunas sillas desvencijadas y una mesa. No había nada más.

—No es un lugar muy confortable —comentó Frank, encendiendo un cigarrillo.

—Menos acogedora sería la celda que nos destinarían si nos echaban el guante —opinó Horts, sentándose después de dejar el

paquete sobre la mesa.

Carella consultó su reloj.

—Son casi las diez de la mañana, de modo que nos quedan casi doce horas de encierro. Será mejor que nos pongamos cómodos y lo tomemos con calma... De nada sirven los nervios en una situación como ésta...

Olga se había sentado junto a la mesa y parecía sumida en dolorosos pensamientos. Frank fue a sentarse a su lado. La miró largamente dándose cuenta del sugestivo encanto que se desprendía de la muchacha.

Repentinamente, preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que está enterada de lo del niño?

—Casi dos meses...

—¿Lo sabía Harry?

—Sí... fue a causa de eso que quiso precipitar nuestra fuga.

—Ya veo...

Calló, pero admiró la entereza de aquella muchacha. No todas las mujeres habrían sido capaces de afrontar una situación como la suya sin deshacerse en lamentaciones. Olga, por el contrario, callaba y sólo permitía que en su interior anidara la esperanza. Quizá eso es lo que le daba semejante entereza.

Pasaron las horas, lentas, angustiosas, inacabables. De vez en cuando cambiaban un comentario, una opinión sobre la próxima fuga... Luego, el silencio caía de nuevo sobre ellos.

Quizá quien peor soportaba aquella espera fuera Frank Carella, más acostumbrado a la acción violenta que a permanecer oculto igual que un conejo en su madriguera. No obstante, dominaba perfectamente sus nervios y, cuando hablaba, su voz no delataba en absoluto su estado de ánimo.

Al mediodía engulleron sin apetito algunos de los bocadillos. Karl fue el único que bebió vino. Después, encendieron cigarrillos y otra vez la exasperante espera...

De repente, oyeron un ruido inconfundible en la escalera y se levantaron de un salto. Fue Grossman quien apareció con cara

radiante.

—Han registrado hasta el último rincón. Les he preguntado qué andaban buscando, pero me han mandado al infierno. No son gente amable esos vopos. ¿Cómo se encuentran ustedes?

Karl gruñó:

—Empiezo a sentirme atacado de claustrofobia...

—Es mejor que continúen aquí. Hay algunas granjas que las han registrado más de una vez. Quizá vuelvan, de modo que aquí abajo están más seguros que si salieran ahora.

Frank dijo:

—Podemos permanecer aquí hasta las nueve de la noche como máximo. Después, es preciso que emprendamos la marcha.

—Muy bien. Ah, antes que me olvide; el helicóptero continúa recorriendo toda la zona volando muy bajo. Ahora lo han armado con una ametralladora. Se ve perfectamente cuando pasa por aquí encima.

—Ya lo he dicho antes. Acabarán por desplegar al ejército...

Grossman los dejó solos. De nuevo cayó el tenso silencio. De manera instintiva, Olga buscó refugio de Carella y susurró:

—Quiero pedirle un favor, Frank...

—Adelante.

—¿Va armado?

—Naturalmente. ¿Cree que soy un suicida para emprender una aventura como ésta sin armas?

—Bueno...

Se interrumpió. Su voz temblaba.

—¿Sí? Haré lo que pueda, Olga.

—Lo que quiero pedirle está en su mano, Frank...

—Entonces, concedido, pequeña.

—Si las cosas salen mal... si fracasamos esta noche, no deje que me detengan...

—¿Qué?

—No deje que me cojan viva, Frank. ¡Por favor, por favor! No quiero caer en sus manos... prefiero morir...

—No vaya a desmoronarse ahora, Olga. ¿No comprende que es una locura lo que está diciendo? Nunca podría matarla.

—Entonces, prométame que me dará su pistola antes que nos cojan. Yo lo haré, pero prométame que me ayudará... Yo conozco los métodos de esa gente... sé lo que puedo esperar...

—¿No piensa en su hijo, Olga? —le espetó Frank suavemente.

Ella elevó sus ojos hasta los de él.

—Precisamente —dijo.

Carella se encontró sin saber qué decir, pero odió profundamente aquel sistema de terror capaz de obligar a una muchacha de veinte años, con un hijo en sus entrañas, a hablar de aquella manera.

Sólo dijo:

—Le prometo que no nos detendrán —y había hielo en su voz, y un fulgor terrible en sus ojos de acero—. Cualquiera que lo intente será barrido implacablemente. Le doy mi palabra de que la sacaré de aquí, pequeña, para que el hijo de Harry viva libremente.

Ella se recostó en su hombro, llorando silenciosamente. Desde su silla, Karl les miraba con curiosidad, pero no pronunció una palabra.

CAPÍTULO XI

LA BATALLA FINAL

Habían salido al aire libre después del largo encierro. Olga respiró a pleno pulmón. Karl miró al cielo brillante de estrellas y suspiró.

—Esta noche —susurró.

Carella miró el reloj. Faltaban quince minutos para las nueve.

—Bien, es hora de empezar —masculló entre dientes.

Inclinándose, sacó el pequeño transmisor del estuche sujeto a su pierna. Oprimió el botón de llamada y aguardó. Los demás le miraron con asombro.

Casi al instante, la lucecilla roja brilló. Fue la voz de Peter Brett la que surgió esta vez del diminuto aparato.

—Aquí «Estrella Uno» —cantó la voz—. ¿Me oyes? «Estrella Uno» a la escucha.

—Muy bien, muchacho. ¿Todo listo?

—Cuando quieras. ¿Ha habido muchas dificultades?

—Ya te contaré. Plan número tres. Dime qué hora señala tu reloj en este instante.

—Las nueve menos siete minutos...

—Perfecto. Nos ponemos en marcha. Si no estoy desorientado, creo que debemos recorrer unas cinco o seis millas al norte. Comunicaré de nuevo a las diez.

—Para entonces estaremos en marcha.

—Bien, corto.

—Corto. Y suerte, viejo.

Karl susurró:

—¡Asombroso! Oiga, ¿qué significa «plan número tres»?

—Lo verá cuando se realice. Vamos a ponernos en marcha inmediatamente. Todo depende de la exactitud de nuestra cita.

—¿Qué cita?

Sonrió.

—Presumo que va usted a conocer a unos hombres como no ha visto otros en su vida —volviéndose hacia el granjero, estrechó su mano y se despidió—: Gracias por todo, abuelo. Algún día espero poderle visitar sin peligros y sin fronteras vergonzosas.

—Mucha suerte a todos...

Se adentraron en la arboleda. A lo lejos se oyó el zumbido del helicóptero. Carella arrugó el entrecejo.

—Ese maldito —masculló entre dientes.

Se dirigieron al norte. Carella parecía seguir un inexistente camino en la oscuridad, tropezando, maldiciendo, y guiando a la muchacha y a Horts, pero siempre en línea recta.

—¿Conoce usted esta región, Karl? —preguntó de repente.

—No mucho...

Olga dijo:

—Yo he dado largos paseos estos últimos tiempos...

—¿Sabe dónde está enclavado un viejo campo de aviación abandonado? Se utilizó durante la guerra, pero después nadie se ha vuelto a ocupar de él...

—Nunca lo he visto, pero Grossman decía que había unas viejas pistas resquebrajadas al otro lado de las colinas, hacia el norte...

Karl exclamó, deteniéndose:

—¡Dios mío, un avión! Debí haberlo supuesto...

—No se trata de ningún avión. Dudo que un aparato pudiera aterrizar dado el estado en que debe encontrarse el campo... Y ahora, no perdamos más tiempo.

Reanudaron la marcha apresuradamente. Con frecuencia, Frank consultaba el reloj. Las manecillas avanzaban, implacables. Le pareció que, en la oscuridad, la sombra de las colinas estaba cada vez más lejana.

—Vamos, vamos —rezongó—. Más deprisa...

Olga jadeaba, siguiéndole por el accidentado terreno. Más atrás, Karl mantenía la distancia, aunque respirando con creciente dificultad. Pensaba que a sus años no estaba para semejantes excesos deportivos..., pero el acicate de la seguridad que le aguardaba al final de la marcha borraba el cansancio y cerraba su boca cada vez que sentía la tentación de quejarse.

A las diez en punto, Carella se detuvo. Murmuró:

—Descansen unos minutos, mientras establezco contacto...

De nuevo manipuló el pequeño aparato. Olga se desplomó sobre la húmeda hierba. No pudo contener un gemido. Más atrás, Karl Horts se apoyó en el tronco de un árbol y trató de acompasar su respiración para recobrase lo antes posible.

En la oscuridad, la voz queda de Carella sonaba monótona pidiendo respuesta. Pasaron casi tres minutos antes de que se oyera una voz distinta; la de Johnny Rugolo...

—Todo en marcha —dijo—. Estamos en el aire dando vueltas en espera del momento cero. ¿Cómo van las cosas por ese lado?

—Creo que nos hemos retrasado un poco. Hay más distancia de la que había calculado. Además, un helicóptero cargado de vopos patrulla la región. Habrá que tener los ojos muy abiertos, muchacho.

—De acuerdo. Desde nuestra posición al punto de cita, calculo que tardaremos quince minutos. Establece contacto cuando creas que te falta ese tiempo para llegar. ¿Comprendido?

—Conforme. ¿Qué tal es el pajarraco?

—¡Magnífico!

—Bien, corto.

—Suerte a todos. Corto.

En el silencio sonó de nuevo la voz de Carella.

—Sigamos —dijo—. Ya lo han oído. Todo depende de nosotros.

Olga susurró:

—Creo que..., que voy a desmayarme, Frank... No puedo más...

—¡Maldición! ¿Qué le pasa?

De un salto estuvo al lado de la muchacha. En la oscuridad, su cara era una mancha pálida que brillaba con un sudor helado. Los ojos reflejaban un cansancio infinito.

—Yo..., yo... no debí acompañarle... —suspiró.

Karl ahogó un juramento.

—¿Y ahora qué? —masculló.

Carella se arrodilló al lado de Olga. Experimentó una extraña ternura que borró su inquietud como si nunca la hubiera sentido. El también debía haber calculado que una muchacha delicada y frágil, en el estado en que ella se encontraba, no resistiría una marcha desesperada como aquella...

—Muy bien, Olga, la llevaré.

—¡Pero no podrá..., tenemos que atravesar las colinas!

—¡No discuta! O nos vamos todos o todos nos quedamos. Arriba, pequeña...

Ella se levantó. Sus piernas apenas la sostenían. La palidez angustiosa de su rostro puso escalofríos en la piel de Carella.

—Trate de mantenerse serena, pequeña —dijo, levantándola del suelo como si fuera una pluma—. Y si ve que va a desmayarse, avíseme.

La tomó en brazos como si fuera una niña y emprendió la marcha con pasos firmes. Karl le siguió mascullando maldiciones dedicadas a su propia debilidad.

Cuando llegaron a la falda de las colinas, la respiración de Carella sonaba como un fuelle a presión. Medio inconsciente, Olga no pudo contener los sollozos. Susurró:

—Déjeme, Frank... No lo conseguiré si tiene que atravesar las colinas conmigo...

—¡Cállese!

Inició el ascenso. Poco después jadeaba y sus dientes, de vez en cuando, chirriaban al apretarlos con salvaje decisión.

Habían dejado atrás una ancha carretera. Desde la ladera vieron el discurrir de algunos camiones. Karl, que era quien cerraba la marcha, distinguió también dos o tres luces rojas y parpadeantes, delatorias del paso de las patrullas cruzándose en ambas direcciones.

De repente, Frank tropezó con la raíz de un árbol y se desplomó con su suave carga en brazos.

Permaneció unos instantes inmóvil, con la muchacha desesperadamente abrazada a su cuello. Susurró:

—No te asustes, pequeña... Seguiremos adelante. Esta maldita colina es empinada como una pirámide, pero no nos vencerá.

Se levantó pesadamente, ayudado por Horts, cuya angustia crecía por momentos. Cuando se disponían a reanudar la marcha, el ronco vibrar del helicóptero los inmovilizó. Vieron el aparato volar sobre la carretera, tan bajo como le permitían los árboles. Un poderoso foco barría la cinta brillante de asfalto.

—¡Esos malditos! —masculló Horts—. Se han propuesto cazarnos... Pero nunca había visto que pusieran lauto empeño en una búsqueda...

—Me buscan a mí —dijo Frank—. Descubrieron que había desaparecido del autocar y debieron hacer averiguaciones. No es difícil que sus servicios de información hayan logrado identificarme... y si es así, saben para qué he venido. Pero confío en darles una buena sorpresa.

Su jadeo, a medida que se encaramaban por la ladera, se convertía casi en un lamento. La muchacha pesaba cada vez más en sus brazos, inconsciente, desmadejada como un muñeco sin vida.

Karl susurró:

—Si yo pudiera ayudarle, Frank...

—Olvídelo. Ocúpese de seguirme.

Cuando llegaron arriba, Carella estaba al borde del agotamiento total. Con cuidado, depositó a la muchacha en el suelo y se irguió,

flexionando el cuerpo y los brazos en unos violentos ejercicios respiratorios.

Cuando se irguió, contempló el oscuro valle que se extendía al otro lado. Justo en aquel momento, el helicóptero rugió al acercarse a la colina. Los dos hombres dieron un salto atrás, buscando la protección de los árboles.

Fue el mismo foco del aparato el que delató la situación de las pistas del viejo campo militar. Estaban en el valle, a menos de una milla de la base de la colina.

Pero el foco saltó de roca en roca a medida que el helicóptero se elevaba. Cuando Carella comprendió el peligro, ya era demasiado tarde para remediarlo. El potente haz de luz pasó por encima del cuerpo inanimado de Olga y siguió adelante, por encima de las copas de los árboles.

Pero no fue muy lejos. Repentinamente, giró sobre sí mismo y volvió atrás. Carella corrió hacia Olga y la levantó justo cuando la luz caía sobre él.

Inmediatamente, el aparato lanzó un potente rugido y se inmovilizó en el aire, sostenido por las palas del rotor. Poco a poco, descendió hasta casi rozar los árboles.

Carella gritó:

—¡Al suelo, Karl, van a disparar!

Como si su voz hubiera sido una señal, una ametralladora pesada entró en acción con su terrible tableteo. Las balas zumbaron como abejorros, arrancando ramas de los árboles, corteza de sus troncos, y hundiéndose peligrosamente cerca de los tres cuerpos tendidos, aunque invisibles para los ocupantes del helicóptero.

Carella se enderezó rechinando los dientes.

—Si lo quieren así —dijo—, vamos a darles gusto.

Desprendió uno de los estuches de cuero sujetos a su pierna. De él extrajo una especie de pequeño proyectil semejante a los utilizados en los bazzokas, sólo que mucho más diminuto. Parecía un juguete.

Karl refunfuñó:

—Nos cazarán como a conejos —luego, al ver que Frank sacaba también la «Magnum», masculló—: ¿Se ha vuelto loco? Nunca podrá hacerles el menor daño con una pistola... Todo lo que conseguirá será delatar nuestra posición.

El helicóptero evolucionaba entonces sobre los árboles. Ráfagas intermitentes barrían el bosque.

Carella ajustó la extraña bomba al extremo del cañón de la automática, como si fuera un silenciador. Dijo entre dientes, como si no se dirigiera a nadie en particular:

—Ahora veremos si este trasto es tan efectivo como dijo el «Viejo»...

Levantó la pistola y aguardó. El aparato zumbó aterradoramente cerca. Carella fue siguiéndolo con su arma hasta que comprendió que ya no podía esperar más. Entonces, tiró del gatillo.

Sonó el ronco estallido del disparo, sólo que entonces ocurrieron algunas cosas inesperadas. En primer lugar, la bala blindada lanzó el proyectil fuera del engarce, aplastando al mismo tiempo su espoleta.

Todo ocurrió en cuestión de segundos. Hubo un horrísono estallido en el helicóptero, y de repente el aparato desapareció envuelto en una llamarada blanca y verde. Chispas incandescentes saltaron por los aires, como fuegos fatuos, pero en realidad eran chispas de fósforo activado con una tremenda carga mortífera.

Karl gimió, asustado, y se cubrió la cara con las manos. Carella contempló la desintegración del aparato completamente estupefacto, puesto que era la primera vez que veía aquella nueva arma en acción.

Cuando reaccionó dijo:

—¡Adelante, Karl, deben haber radiado nuestra posición y los vopos aparecerán en cualquier momento!

Levantó el cuerpo inerte de Olga y se lanzó colina abajo. No tardaron en oír las voces de sus perseguidores, a los cuales el helicóptero había alertado antes de ser destruido.

Sin dejar de correr, Carella conectó su pequeño transmisor y apretó frenéticamente el botón de llamada. La lucecilla se encendió de inmediato. No aguardó a oír la voz de sus compañeros, sino que gritó:

—¡Estamos cerca de las pistas! Rápido, abajo, muchachos. Nos persigue un grupo de vopos, de modo que cuidado...

—¿Y el helicóptero?

—¡Destruído!

Una ráfaga de fusil ametrallador retumbó en lo alto, aunque disparada a ciegas, puesto que no podían verlos. No obstante, Peter Brett, por la radio, la escuchó también y aulló:

—¡Frank! ¿Me oyes? ¡Frank!

—Tómalo con calma, muchacho. No nos han acertado.

—De modo que los llevas pegados a los talones, ¿eh? ¡Allá vamos!

Se cortó la comunicación. Otras ráfagas les buscaron, confiando en la suerte. Fallaron también porque la oscuridad era impenetrable. Pero ahora ya sabían adónde se dirigían los fugitivos, de modo que las cosas se ponían muy difíciles para éstos.

Carella nunca sabría cómo llegaron al borde de las destrozadas pistas de cemento, bordeadas por altos matorrales, algunos de los cuales crecían entre las grietas del firme.

—¡Al suelo, Karl! —ordenó—. Es sólo cuestión de segundos...

Los vopos aparecieron de repente en la falda de la colina, como surgidos de la tierra. No les habían descubierto todavía, pero no podían tardar en dar con ellos...

Carella rechinó los dientes. Sería una burla del destino que les cazaran justo en aquel momento...

Tomó otro de los diminutos estuches de cuero, mascullando:

—Esto los detendrá unos instantes...

Volteó el brazo y un pequeño cilindro de metal voló hacia el grupo de vopos que se apiñaban para recibir instrucciones de un oficial.

Karl no comprendió lo que se avecinaba hasta que se produjo el estampido. En realidad, fue un sordo rugido de bestia ciclópea, y una llamarada envolvió a los vopos, sólo para lanzarlos después en todas direcciones.

En medio de la confusión, se elevaron los aullidos de los heridos. Pero por encima de los gritos se escuchó el poderoso rugir de un motor que se acercaba a toda velocidad.

—¡Ahí están! —suspiró Carella—. ¡Atento ahora, Karl...!

Una sombra se destacó del firmamento precipitándose vertiginosamente hacia tierra. No llevaba luces, pero el gran rotor relampagueaba a la luz de las estrellas.

El potente helicóptero se detuvo a pocos metros del suelo. Luego se posó suavemente y el remolino de aire alborotó los cabellos de Olga, levantada del suelo por Carella.

Una ametralladora entró en acción desde la colina. Carella corrió hacia el aparato, del cual acababan de saltar Rugolo y Peter Brett, ambos armados de mortíferos fusiles ametralladores.

—¡Arriba, Frank! —aulló Rugolo—. Nosotros los mantendremos a raya... ¡Pues no tenía yo ganas de un poco de movimiento...!

Brett exclamó:

—¡Eh! ¿Quién es ese hombrecillo, Frank?

—¡Ayúdenle!

Lo levantaron en vilo entre los dos, arrojándolo de cabeza al interior del helicóptero. Inmediatamente, sus armas escupieron fuego y muerte como el cráter de un volcán escupiría lava.

Vieron unas sombras fugaces correr en busca de amparo en los árboles. Jamás llegaron a ellos. Rugolo, con una rodilla en tierra, se había convertido en un diablo exterminador y su arma no cesaba de mandar ráfaga tras ráfaga contra toda sombra que se moviera. Oyó los gritos de los que caían, y la voz de Carella que ordenaba:

—¡Basta, hay que salir de aquí!

Un enjambre de balas se estrelló contra el metálico fuselaje del aparato. La nueva ametralladora había entrado en acción desde el flanco derecho. Peter Brett dio un brinco y se arrojó al suelo,

mientras su «Sten» barría aquel lado con tanta efectividad como si utilizara una guadaña gigantesca. La ametralladora enmudeció.

—¡Arriba, Peter! —gritó Carella.

Ambos saltaron dentro del aparato. Éste se elevó con una sacudida cuanto las piernas de Rugolo todavía se agitaban fuera de la carlinga. Unas manos fuertes tiraron de él y cerraron la portezuela.

Johnny dio un par de tumbos hasta que se detuvo junto a unos pantalones negros, prietos y ajustados a unas piernas exquisitas. Desorbitó los ojos y levantó la cabeza.

—¡Demonios! ¿De dónde la has sacado, Frankie...?

—Ésta es la muchacha que iba a casarse con Harry —explicó—. Vamos a llevarla con nosotros para que el «Viejo» tenga algo en qué ocuparse...

—Olvídalo. Yo me encargaré de este trabajo —decidió Rugolo, sentándose en el suelo.

Lin Burke, desde los mandos, gritó:

—¡Lo hemos conseguido! Acabamos de dejar atrás la frontera...

Carella dijo:

—Creo que debes saber, Johnny, que esta chica va a tener un niño...

—Bueno, ¿y qué? Imagino que podrá tener otros después... Vamos, creo yo...

Los demás no pudieron evitar una carcajada. La tensión de la muerte estaba cediendo y sus nervios acusaban el impacto. Pronto todo volvería a la normalidad. Seguramente, se producirían algunas protestas diplomáticas...

Bueno, todos los días se cruzan protestas de este tipo.

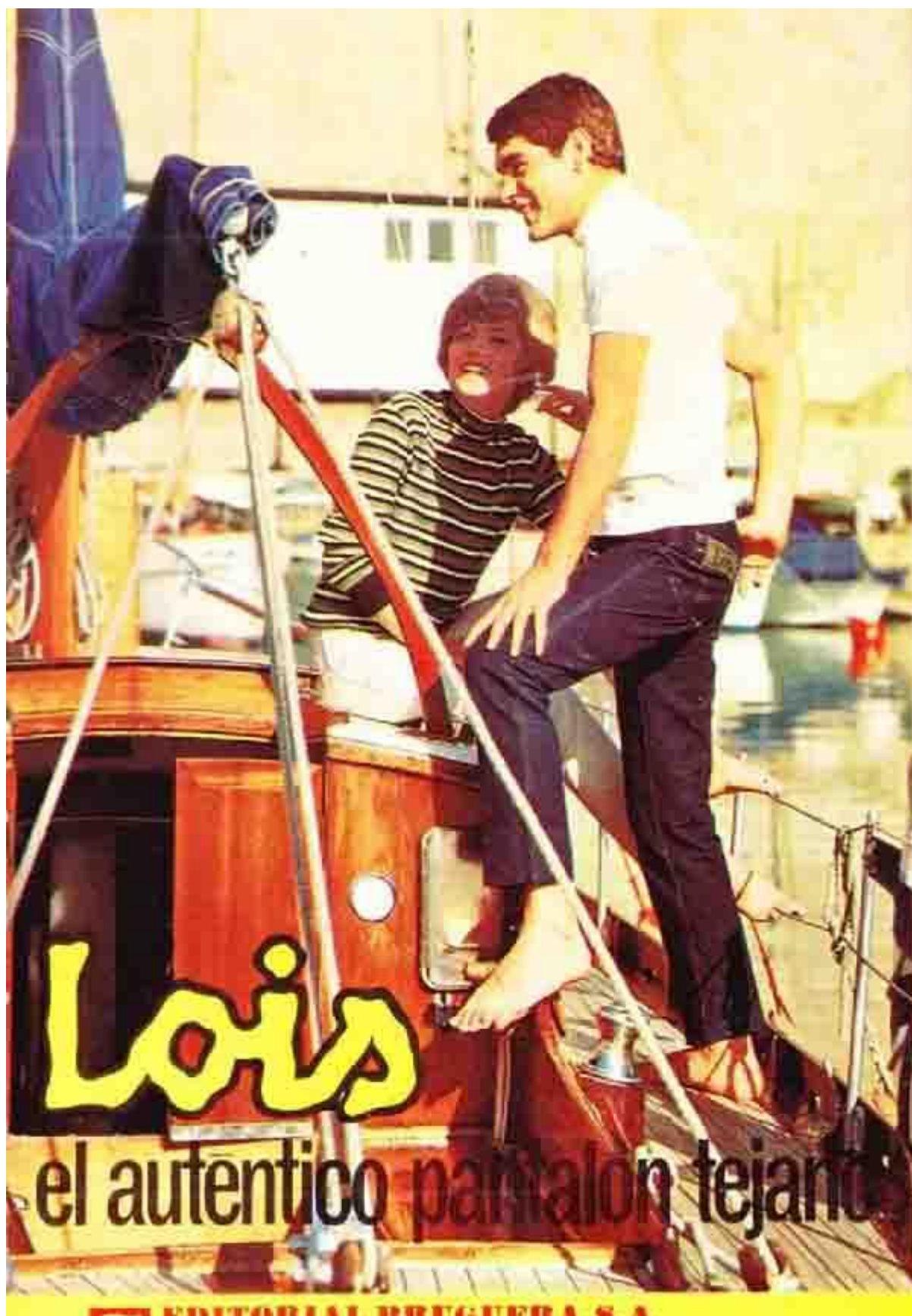
Carella miró a la inconsciente Olga. Le pareció que la muchacha sonreía. El también sonrió al pensar que Harry Kern ya podía descansar en paz. Ella tendría su niño y, tal vez, él fuera el padrino en el bautizo...

Sacudió la cabeza y encendió un cigarrillo. Pensó que algún día regresaría a Berlín, cuando se hubiera olvidado el escándalo,

aunque sólo fuera para ver otra vez a Else...

Se recostó contra el asiento y cerró los ojos. Ahora, la senda ya tenía un nuevo trazado..., un nuevo retorno procedente de allí donde no lo había habido...

FIN





MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (España)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

Notas

[¹] National Security Council. Comité dependiente del Gobierno que estudia los asuntos que afectan a la defensa de los EE. UU. Sus reuniones se efectúan en la Casa Blanca, y tanto lo tratado en ellas como sus decisiones son estrictamente secretas. <<